**La fecha oficial para la Semana de oración Juvenil es del**

**16‐23 de marzo del 2013**

# TITULO: REAVIVAMIENTO QUE CUENTA... un llamado a la justicia y la misericordia

# Semana de Oración JA 2013

**DEPARTAMENTO DE JÓVENES
DIVISIÓN INTERAMERICANA**

La información de reconocimientos debe ser indicada en todo momento

# Por favor incluya la siguiente declaración en las copias distribuidas: Semana de Oración Juvenil 2013. Copyright © 2012 por la Conferencia General Ministerio de Jóvenes. Cualquier excepción a lo anterior debe ser aprobada por la Conferencia General Departamento de Ministerios de Jóvenes.

**Día 1**

**Reavivamiento que realmente cuenta**

Tal vez los dirigentes iniciaron el llamado al reavivamiento. O tal vez la gente misma sintió la necesidad de reforma en su comunidad. Fue llamada en el pasado a ser el pueblo de Dios y sintió que era tiempo de volver a enfocar la dirección de su vida en Dios –y que obviamente Dios la habría de bendecir más.

Las personas comenzaron a reunirse diariamente para adorar a Dios, orando por su poder y su presencia. Estudiaron las Escrituras y se alentaron unos a otros en sus prácticas espirituales. Incluso ayunaron algunas veces, absteniéndose de alimentos para expresar su devoción y su deseo de mayor santidad.

Pero de alguna manera parecía que Dios no prestaba atención o respondía. A pesar de su aparente seriedad y fervientes oraciones, y muchos servicios de adoración, la gente no se sintió más cerca de Dios –o que Dios estuviera más cerca de ella. Al principio redoblaron sus esfuerzos. Pensaron que Dios deseaba una mayor entrega, un tipo de fidelidad más de corazón, de 7 días y 24 horas por semana. Orar más, estudiar más, adorar más, dar más, abandonar más.

Pero algunos de ellos comenzaron a cansarse de ese esfuerzo espiritual. Aunque unos continuaron ayunando regularmente, otros dejaron de hacerlo y se volvieron a su rutina anterior. Si Dios no iba a reconocer y responder a sus oraciones y ofrendas en forma más poderosa, tal vez no estaba tan interesado en ellos, después de todo –tal vez ellos no eran su pueblo. ¿Quiénes eran ellos para pensar que eran alguien especial?

Entonces arribó el profeta. Ya Isaías era conocido en la nación por sus pronunciamientos estridentes y sus aseveraciones de hablar en nombre de Dios. Ciertamente captó la atención de la gente cuando llegó al templo y sus proclamaciones hicieron eco en toda la ciudad como toque de trompeta. Tenía un mensaje de Dios.

“¿Por qué hemos ayunado”…la gente le preguntó a Dios, finalmente capaz de expresar sus frustraciones en relación con su reciente fidelidad, “y tú no lo has visto? ¿Por qué nos hemos humillado y no lo has notado?”

Isaías les informó que Dios había visto sus esfuerzos por llamar su atención, pero que no se había impresionado. Había notado su esfuerzo espiritual, pero no lo había apreciado. Sus esfuerzos espirituales de alguna manera no estaban dentro de lo que Dios anhelaba ver en su pueblo.

**El problema con la religión**

Como sucede en el caso de nosotros, la relación y fidelidad del pueblo de Dios tuvo sus altas y bajas durante los años en que se desarrollaron las historias del Antiguo Testamento. Durante los tiempos mejores de los reinados de Israel y Judá, de vez en cuando la gente regresaría al templo y a la adoración de Dios. Pero de acuerdo con los profetas, algunas veces aun los intentos mejor enfocados de la gente no eran suficientes para volverlos de la injusticia y egoísmo de su vida diaria, de su fracaso en cuidar, ayudar y servir a otros. E independientemente de cuánto se esforzaran para ser religiosos a través de sus rituales de adoración, no podían, por encima de sus himnos, ahogar los clamores de los pobres y oprimidos.

El profeta Amós describió a la gente de su época como “los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres del país” (Amós 8:4). Imaginó su ansiedad porque concluyese la adoración en las celebraciones del sábado y de la luna nueva, para poder abrir de nuevo sus negocios y regresar a sus prácticas comerciales deshonestas, "para comprar a los pobres por dinero, a los necesitados por un par de sandalias, y vender los desechos del trigo" (Amós 8:6). ¿Para qué molestarse con esta forma de religión, dijo Amós a estos mercaderes, si solamente estorba la explotación y ganancias que es el verdadero enfoque de su vida?

Aun cuando tal vez no tengamos un negocio, les neguemos su salario decente a nuestros empleados, o oprimamos de hecho a los demás, ¿aprovechamos las oportunidades que tenemos de cuidar, ayudar y animar a los que están lastimados, están en desventaja, se sienten solos, mal u olvidados?

A través de sus profetas, Dios usó un fuerte lenguaje para expresar su desilusión con la religión y la adoración desconectada de las cosas incorrectas en el mundo que los rodeaba, la gente lastimada y el mal que se les había hecho. Dice Dios que “odia”, “desprecia” y le disgusta esa adoración. Sus reuniones se describen como “olor fétido” y sus ofrendas y música como de ningún valor.

En Miqueas 6 encontramos una serie de sugerencias cada vez más aumentadas acerca de esa adoración a Dios. El profeta comienza sugiriendo holocaustos y entonces aumenta la ofrenda a “millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite” (versículo 7) antes de mencionar el terrible, pero no desconocido extremo de sacrificio de los primogénitos para ganarse el favor y perdón de Dios.

Pero la respuesta es algo más sencillo, más profundo y de mayor significación en la adoración: “Sólo actuar con justicia, y andar humildemente con tu Dios” (Miqueas 6:8).

**De regreso a Isaías 58**

Hablando a través de Isaías, esta es la manera como Dios responde a su pueblo en busca de reavivamiento: la clase de adoración que deseo de ustedes es servir a aquellos que necesitan su ayuda. Ayuden a la gente a liberarse de las cosas que las tienen atadas, ayúdenla a vivir tan libremente como sea posible. Alimenten al hambriento. Provean de techo a los desamparados y a quienes lo necesitan. Compartan su ropa con quienes no tienen lo suficiente (ver Isaías 58: 6, 7). Aun cuando tengamos solamente un poquito, tal vez sea más de lo que otro tiene y Dios nos llama a ser generosos con los recursos que tenemos, a favor de aquellos a quienes podemos ayudar.

Tal servicio no es solamente una cosa “linda” de hacer. Esos versículos lo describen como una forma de adorar a Dios. No es la única forma de adorarlo, pero, hablando a través de Isaías a su pueblo enfocado en el reavivamiento, Dios lo insta a intentar este aparentemente distinto enfoque hacia la adoración. Bajo la perspectiva de Dios, esta forma de adoración parece ser preferible a algunas de las prácticas tradicionales de adoración empleadas por la gente, especialmente si esa adoración se lleva a cabo mientras se ignoran las necesidades de otros.

El enfoque de la adoración no es hacia uno mismo, sino algo que trae una bendición a quienes rodean a los adoradores. Es notable que el espíritu de Jesús y el centro de la fidelidad a Dios están dirigidos hacia otros, que aun nuestro reavivamiento espiritual no tiene que ver tanto con nosotros –extendiéndonos más bien hacia el pobre, el oprimido, el lastimado y el hambriento. “El verdadero propósito de la religión es liberar a los hombres de su carga de pecado, eliminar la intolerancia y la opresión, y promover la justicia, la libertad y la paz” (*Comentario bíblico adventista,* t. 4, p. 344).

En Isaías 58: 8-12, Dios promete bendiciones en respuesta a esta forma de adoración. En efecto, Dios está diciendo que si la gente tuviera menos enfocada su atención en sí misma, descubriría a Dios obrando en ella y a través de ella para traer sanidad y restauración. Este es el reavivamiento que el pueblo buscaba, un reavivamiento de su esperanza y propósito, como se encuentra en Dios, con un sentido real de su presencia en su vida y comunidad. "Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu sanidad se verá pronto. Entonces tu justicia irá delante de ti, y la gloria del Eterno será tu retaguardia. Entonces invocarás, y el Señor te oirá. Clamarás, y él te dirá: 'Aquí estoy'” (Isaías 58: 8, 9).

**Relación durante el sábado**

Interesantemente, Isaías 58 conecta este tipo de adoración de servicio a otros con un reavivamiento tipo “deleite” en la observancia del sábado, lo cual es algo que debe llamar nuestra atención como observadores del “séptimo día”. Comparado con sus esfuerzos religiosos descritos antes en la respuesta de Dios a través de Isaías, el sábado es un regalo. Llega cada semana y se nos llama a recordarlo y honrarlo. El sábado es un símbolo de la gracia de Dios, a través de la cual nuestra salvación no es ganada, sino recibida. Este es un importante símbolo de nuestro humilde caminar con Dios (recuerda Miqueas 6:8).

Pero, además de ser un valioso elemento de nuestra relación con Dios, hay algo acerca del sábado que debe transformar nuestra relación con otros. Esta misma gracia y bondad debe ser compartida con otros en forma de sábado. Al meditar en esos versículos, dice Elena G. White: “Sobre los que guardan el sábado del Señor descansa la responsabilidad de hacer una obra de misericordia y benevolencia”. MB 125.

Uno de los detalles obvios que resaltan al leer los Diez Mandamientos (ver Éxodo 20) es que el cuarto mandamiento es el más detallado. Aunque algunos de los mandamientos están expresado en solamente tres palabras (en algunas traducciones), el cuarto mandamiento deja espacio para el por qué, el cómo y el quién, en el “acuérdate del día de reposo”.

Muy significativo dentro de esos detalles con respecto al sábado es el enfoque de la atención sobre los demás. En el libro *The lost meaning of the seventh day* (El significado perdido del séptimo día), pp. 126, 127), Sigve Tonstad describe la forma como este tipo de mandamiento es único en todas las culturas del mundo. Explica que el mandamiento del sábado “establece prioridades de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, considerando primeramente a los miembros más débiles y vulnerables de la sociedad. Aquellos que necesitan más el descanso –el esclavo, el extranjero y la bestia de carga- se mencionan específicamente. En el descanso del séptimo día, los menos favorecidos, aun los animales mudos, encuentran un aliado”.

El cuarto mandamiento insta a que el sábado sea un día de deleite para todos. Desde la perspectiva del sábado, todos somos iguales. Si eres empleador o jefe durante la semana, no tienes autoridad para hacer que tus empleados trabajen el sábado –Dios les dio un día de descanso. Si eres un estudiante, un empleado, o incluso un esclavo por el resto de tu vida, el sábado te recuerda que fuiste creado y redimido por Dios en igualdad de términos y que Dios te invita a celebrar esto en forma diferente a tus tareas o deberes usuales. Aun aquellos fuera del pueblo que observa el sábado “ni tu extranjero que está dentro de tus puertas” (Éxodo 20:10) deben beneficiarse del sábado si está dentro de nuestra capacidad como observadores del sábado.

Con razón Isaías describe el sábado como deleite, al apartar un día para enfocar nuestra atención en cosas que son más importantes que todas las demás que nos mantienen ocupados por el resto de la semana (ver Isaías 58. 13). Nuevamente, estos versículos vienen con una promesa de renovación, deleite y una relación siempre creciente con nuestro Dios (ver versículo 14).

**Jesús y la gente religiosa**

Por supuesto, no debe sorprendernos que Jesús supiera mucho acerca del mensaje de Isaías 58. Vivió una vida de atención y servicio a favor de otros. Sus interacciones con los demás, sus milagros de sanidad, y muchas de sus parábolas, demostraron e instaron a una vida vivida en tal forma que era la mejor expresión de devoción a Dios. Pero los dirigentes religiosos eran tanto sus críticos como el blanco del más duro criticismo de Jesús.

Como la gente religiosa del tiempo de Isaías, estas personas se afanaban mucho por ser religiosos y creían que aseguraban su relación especial con Dios a través de sus prácticas religiosas. Pero al mismo tiempo explotaban al pobre e ignoraban a los necesitados (ver Marcos 12: 38-40). Su adoración no iba de la mano con su justicia y Jesús no se quedó callado sin condenar tal hipocresía.

Tal vez el sermón más atemorizante de Jesús, particularmente para la gente religiosa, se encuentra en Mateo, capítulo 23. Jesús no solamente describe su religión como de alguien que no ayuda a la gente en desventaja, sino que considera tal religión como añadiendo a sus cargas. Por sus acciones o por la falta de ellas y de falta de cuidado por los demás, dice Jesús que “[cierran] el reino de los cielos ante los hombres” (Mateo 23:13).

Como los profetas de siglos anteriores, Jesús habla directamente de la falta de armonía entre sus prácticas religiosas serias y las injusticias que condonaban y de las que se beneficiaban. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque dais el diezmo de la menta, del eneldo y el comino; y dejáis lo más importante de la Ley, a saber, la justicia, la misericordia y la fidelidad” (Mateo 23:23). Jesús se apresuró a añadir que esas prácticas y observancias religiosas no son malas en sí mismas, pero que no deben tomar el lugar de “hacer justicia, amar misericordia y caminar humilde y fielmente con Dios”, haciendo eco al llamado de Miqueas a la verdadera adoración y verdadero reavivamiento.

**Llamado y promesa de Isaías.**

No sabemos cómo respondieron aquellos primeros oidores del llamado de Isaías al reavivamiento, como se demuestra por el hecho de que Jesús confrontó esos mismos asuntos religiosos. Tal vez hay siempre aquellos que se contentan simplemente con la religión, mientras que otros escuchan el llamado a la adoración en forma tal que nos transforme a nosotros y a quienes nos rodean. Tal vez por eso escuchamos todavía el eco del clamor de Isaías, como de trompeta.

Elena G. White instó a que los principios y acciones descritas en Isaías 58 fueran importantes en la iglesia por la que ella se preocupó: “Leed este capítulo cuidadosamente y comprended la clase de obra que llevará vida a las iglesias. La obra del Evangelio debe ser llevada por medio de nuestra liberalidad tanto como por nuestras labores. Cuando encontréis almas dolientes que necesitan ayuda, dádsela. Cuando encontréis a aquellos que están hambrientos, alimentadlos. Al hacer esto, estaréis trabajando así como trabajó Cristo. La santa obra del Maestro fue un trabajo de misericordia. Anímese a nuestro pueblo en todas partes a participar en ella” MB 33.

Si deseamos seriamente seguir a Jesús, enfocaremos nuestra atención en otros. Si deseamos seriamente observar el sábado, permitiremos que su gracia beneficie a todos a través de nosotros. Si deseamos seriamente un reavivamiento, tomaremos en serio el servicio a los demás.

**Preguntas para comentar**

1. ¿Cómo podrías explicar lo que ha estado mal en la relación entre Dios y su pueblo, como se describe en la primera parte de Isaías 58?
2. ¿Has pensado alguna vez en hacer justicia y amar misericordia como actos de adoración? ¿Cómo podría esto cambiar tu enfoque en cuanto a servir a otros? ¿Cómo podría cambiar esto tu enfoque hacia la adoración?
3. ¿Piensas que tu relación con Dios podría ser renovada a través de una adoración más “activa”, tal como la que se describe en Isaías 58? ¿Cómo podría ser una realidad?

**Día 2**

**El Dios que ve, escucha y siente**

Imagina la escena: Estás visitando a un miembro de tu familia en el hospital. Ha estado enfermo por varias semanas y la familia no sabe si se va a recuperar. Tú has estado afuera y esta es la primera vez que visitas a este miembro sufriente de tu familia. Hablas quietamente con la esposa del paciente que se encuentra al lado de la cama del enfermo. Ha pasado muchos largos días y noches en el hospital durante las últimas semanas y le instas a que vaya a su casa a descansar un poco, y le aseguras que tú te quedarás a su lado durante esa noche.

Ella dice que se siente bien, pero pareciera estar agradecida por la oportunidad de descansar, aunque duda un poco en irse. Comienza a reunir sus cosas y se prepara para salir, deteniéndose un poco para besar la mejilla de su esposo que permanece dormido. Te da un rápido abrazo y se aleja. Inmediatamente entre una enfermera que ha venido a revisar la condición del paciente.

Te alejas de la cama y te colocas junto a la ventana al extremo de la habitación, mientras la enfermera cumple con su rutina. Al mirar la calle desde la ventana, observas por unos momentos el tránsito frente al hospital, escuchando los sonidos del interior del hospital. A través de la penumbra, observas una figura distante, pero familiar, que emerge del frente del hospital y sale a la calle. Había estado en el cuarto contigo hace un minuto y ahora se dirige sola a su casa. Va de hombros caídos y con la cabeza baja, apenas consciente del tránsito que la rodea. Camina despacio y al observarla, casi puedes sentir su cansancio y tristeza.

Es un camino solitario el que ha recorrido muchas veces durante las últimas semanas y en muchas de esas ocasiones, nadie pareciera notarlo. Al retirar la vista de la calle, sabiendo la historia de su andar solitario y al preocuparte profundamente por esa esposa sufriente y a su esposo inconsciente en la cama, se te ocurre que esta puede ser una vislumbre de cómo Dios ve y ha visto cada uno de sus pasos solitarios saliendo del hospital durante las últimas semanas. Y que ve cada alejarse solitario de los tristes y preocupados familiares cada día al salir del hospital. Y todos los de tantos pacientes, en cada hospital…

Por un momento tu deseo es salir detrás de ella, darle otro abrazo y recordarle que Dios también la ve. Pero ya ha cruzado la calle y ya no puedes alcanzarla. La enfermera ha terminado con el paciente y te sientas junto a la cama. En eso momento, oras por este esposo y esta esposa en cada una de sus luchas. Oras también por la enfermera, por el hospital y por todos los que puedes ver en ese momento. Y mientras te dueles en tu corazón por la enormidad del dolor, le das gracias a Dios porque nunca estás solo, aun en los tiempos más oscuros.

**El Dios que ve**

Llorar es una respuesta humana natural al sufrimiento y la injusticia. Aun cuando no estés seguro por quién o por qué lloras, el acto de llorar es un punto de partida en sí mismo. Pero tal llanto es más agudo cuando se dirige a un Dios que creemos que es bueno, que nos ama y desea lo mejor para nosotros. Al experimentar la tragedia, el “silencio” de Dios pareciera burlarse del fiel sufriente. Por ejemplo, en la historia de Job, sus sufrimientos físicos y pérdidas se agravaban por las interrogantes acerca de la naturaleza de Dios y de si Dios había notado su dolor.

Sin embargo, al escuchar esas interrogantes haciendo eco a través de la Biblia y la historia humana, vemos también a Dios presentado repetidamente como un Dios que ve y escucha el sufrimiento aun del “más pequeño de todos” (ver Mateo 25). En medio de toda su creación, nota aun la caída de un humilde gorrión y Jesús nos asegura: “Más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mateo 10: 31). Es un tema repetitivo a través de muchas historias de la Biblia.

Agar se encontraba en una situación familiar difícil y traumática. Era egipcia, pero no sabemos nada de las circunstancias que la llevaron fuera de su país de nacimiento. Como sierva en la casa de Abrahán y Sara, Agar no tenía la capacidad de elegir dónde o cómo vivir. Y cuando Sara le sugirió su desesperado plan para que Abrahán tuviera hijos, no es probable que Agar hubiera tenido capacidad de elegir al respecto. Aunque la idea parecía mala, nunca fue peor que cuando pareció funcionar. Sara comenzó a resentir a la embarazada Agar y al volverse intolerable la situación, Agar huyó –una mujer embarazada, sola en un país extraño, en el desierto, seguramente temiendo por su vida.

Pero aun en las profundidades de esta injusticia que se le hizo y su extrema situación física, Agar no estaba realmente sola u olvidada. Un ángel vino a su encuentro con el mensaje de que Dios había visto su predicamento y no la había abandonado. Le aseguró que Dios estaba con ella y obrando al respecto. El ángel incluso le dio instrucciones acerca del bebé que tendría: “Has concebido y tendrás un hijo, y lo llamarás Ismael (Dios oye), porque el Señor oyó tu aflicción” (Génesis 16:11). Como madre futura, cada vez que llamara al hijo por su nombre, recordaría que aun en la situación peor de su vida, Dios había sido testigo de su desesperación.

Agar respondió dándole también un nombre a Dios: “Entonces ella llamó el nombre del Eterno que con ella hablaba: ‘Tú eres el Dios que me ve’. Porque dijo: ‘¿No he visto aquí al que me ve?’"

Eso no significa que todo haya ido bien y justamente para ella después de esta experiencia, porque unos años más tarde se encontró en una situación similar; pero esta vez con su pequeño hijo y a punto de morir de hambre y sed. Otra vez el ángel le habló, asegurándole que Dios había visto su situación y escuchado “la voz del muchacho” (Génesis 21:7).

Y de esas experiencias, tenemos uno de los nombres más profundos y consoladores dados a Dios: “el Dios que me ve”. Es un nombre al que cualquiera a través de la historia puede clamar, independientemente de sus circunstancias, aflicción o sufrimiento. Dios ve.

**El Dios que escucha**

Unos siglos más tarde, un grupo de personas descendientes de la misma familia, estaban sufriendo, mantenidos como esclavos y abusados por los egipcios. Cuatrocientos años es mucho tiempo para esperar, especialmente esperando en condiciones de cada vez más dura servidumbre. Dios había prometido que vendría a su pueblo y los traería nuevamente de Egipto, pero generación tras generación había sido dejada para contribuir a la riqueza y prestigio de sus idólatras opresores –y Dios parecía silente. ¿Se habría dado cuenta de su sufrimiento? ¿Los había olvidado? ¿Se preocupaba por ellos?

Entonces aparece Dios. Se aparece en una zarza ardiente en un remoto desierto a un dirigente sin muchas probabilidades –un príncipe fugitivo y humilde pastor llamado Moisés. Dios le dio al renuente Moisés un trabajo qué hacer y la primera parte de esa tarea era regresar a Egipto y dar el mensaje a los israelitas de que Dios había escuchado y visto su opresión: “He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, he oído el clamor que les arrancan sus opresores, pues conozco sus angustias” (Éxodo 3:7)

Sí, Dios se preocupa. De hecho, estaba listo para cambiar dramáticamente la situación. No lo iba a hacer automática o instantáneamente. Sus condiciones en Egipto se habían vuelto peores antes de ser capaces de escapar con la ayuda divina y el cumplimiento del plan que Dios había señalado a Moisés, que requeriría muchos años más. Pero, como Agar, el hecho de saber que Dios había escuchado su clamor en busca de ayuda fue un punto de partida significativo en su experiencia y relación con Dios, a pesar de sus circunstancias: “Y al oír que el Eterno había visitado a los israelitas, y había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron” (Éxodo 4:13).

**El Dios que siente**

Es consolador saber que Dios es un Dios que ve y escucha los clamores del pobre y oprimido. Es asombroso que Dios sea un Dios que, en Jesús, ha experimentado y soportado lo peor de la inhumanidad, opresión, e injusticia de nuestro mundo. A pesar de toda la compasión y bondad que Jesús demostró en su vida y ministerio, su muerte vino como resultado del odio, celos e injusticia.

Desde las angustiosas oraciones de Jesús en el Getsemaní, hasta su arresto, pruebas, tortura, burlas, crucifixión y muerte, soportó un penoso suplicio de dolor, crueldad y poder malvado y opresivo. Todo ello era exacerbado por la inocencia, pureza y bondad de Aquel que lo sufrió. A través del lente de la historia de la salvación podemos ver la belleza del sacrificio de Jesús por nosotros, pero no debemos olvidar la brutalidad del sufrimiento e injusticia que experimentó.

Los sacerdotes y dirigentes religiosos odiaban a Jesús y necesitaban encontrar un cargo contra él. El juicio que llevaron a cabo contravenía muchas de sus prácticas legales establecidas. Fue una farsa conducida con apresuramiento y conveniencia para alcanzar su propósito. “Muchos testificaban falsamente contra él, pero sus testimonios no concordaban” (Mateo 14:56). Aun cuando los dirigentes trajeron a Jesús al tribunal de Pilato, todavía no estaban de acuerdo de qué crimen relevante acusarlo y Pilato “sabía que por envidia lo habían entregado” (Mateo 27: 18).

Que Jesús haya sido crucificado después de tan fuertes declaraciones de su juez confirmando su inocencia, subraya la horrible injusticia que se le hizo (ver Isaías 53:8). En Jesús, Dios sabe lo que se siente ser víctima del mal, la injusticia y la violencia. Dios se ha identificado tanto con nosotros en nuestra condición quebrantada y caída, que no podemos dudar de su empatía, compasión, y fidelidad. “Porque no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de simpatizar con nuestras debilidades; sino al contrario, fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). En Jesús, Dios ha experimentado las profundidades del dolor y tristeza de este mundo. Él oye, él escucha y él sabe cómo se siente nuestra peor experiencia. Ya ha estado allí.

**Rompiendo el silencio**

A través de la historia de la Biblia, hay un llamado repetitivo del pueblo de Dios, particularmente de aquellos que experimentan esclavitud, exilio, opresión, ocupación, pobreza u otra injusticia o tragedia, porque intervenga Dios. Los esclavos de Egipto, los israelitas en Babilonia y muchos otros han clamado a Dios porque vea y escuche sus sufrimientos e intervenga para arreglar esos males.

Los Salmos están llenos de lamentos acerca de la prosperidad y buena fortuna de los malos, mientras los justos son abusados, explotados y sufren pobreza. El salmista repetidamente pide a Dios que intervenga, sabiendo que el mundo no está funcionando de la manera que Dios lo creó o deseaba que funcionara; y haciendo suyo el clamor de los profetas y oprimidos: “¿Hasta cuándo, Señor?” (ver por ejemplo Salmos 94: 3-7). El pueblo de Dios se sentirá siempre impaciente con respecto a la injusticia y la pobreza –y la aparente falta de acción de Dios es otra fuente de impaciencia.

Pero cuando hemos escuchado la voz de Dios y confiado en su cuidado, misericordia y compasión por nosotros y todos los que sufren de cualquier manera, nos convertimos en la voz de Dios entre el sufrimiento y la injusticia de otros. Tal vez no podamos quitar o remediar el sufrimiento de otros, pues ultimadamente algunas situaciones y circunstancias se arreglarán solamente en el proceso del juicio final y la recreación de todas las cosas. Pero como pueblo que conoce y confía en un Dios que ve, escucha y siente, somos también llamados a compartir su dolor y a derramar la luz de la misericordia y amor de Dios sobre su oscuridad. Dios escucha y nosotros somos una de las formas como él habla en respuesta.

Imagina a Dios viendo a esa esposa avanzar en su triste y solitaria jornada rumbo a su hogar. Imagina a Dios caminando a través de los corredores de un hospital en tu comunidad. Imagina a Dios viendo las noticias en la televisión y la forma en que podría responder. Imagina a Dios escuchando las historias de tus vecinos que pasan por un tiempo de dificultad en la vida de su familia. Imagina lo que le gustaría que hiciéramos para servir en nuestra familia, nuestra comunidad y nuestro mundo.

**Preguntas para comentar**

1. ¿Cuán importante es para ti que Dios sea un Dios que ve el sufrimiento de la gente en el mundo y escucha los clamores en busca de ayuda? ¿Qué te dice esto acerca de Dios?
2. ¿En qué forma el meditar en el sufrimiento e injusticia experimentados por Jesús te ayuda a enfrentar el sufrimiento y la injusticia?
3. ¿En qué forma la compasión y preocupación de Dios por el más pequeño y el perdido afecta tus actitudes y acciones hacia los necesitados que nos rodean?

**Día 3**

**El Dios que se inclina**

El lavar los pies de otra persona es uno de los símbolos y memoriales más profundos de la fe cristiana. Es también un patrón de cómo podemos poner en práctica nuestra fe entre las ocasiones en que lo hacemos literalmente en la iglesia o servicio religioso. Como discípulos del Dios que se inclinó, los creyentes cristianos deben ser personas que se inclinan en servicio a sus prójimos, particularmente ante quienes sufren necesidades.

Fue Jesús el primero en inclinarse, estableciendo así un profundo ejemplo de actitud y acción. “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta lo sumo…puso agua en una vasija, y empezó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:1-5). Otra traducción bíblica es más explícita; fue en esta noche y en este acto en que “les mostró toda la plenitud de su amor” (Versión NLT) (Ver también Salmos 18:35 y Filipenses 2: 5-7).

A través de los escritos apostólicos de Juan; su evangelio y cartas, el amor de Dios es un tema constante, particularmente porque tuvo la experiencia de conocer a Jesús. Así que es interesante notar lo que Juan consideraba el crescendo de esta acción. Fue el momento en que mostró “la plenitud” de ese amor. Juan entonces procede a describir a Jesús, el eterno Hijo de Dios, lavando uno a uno los pies polvorientos de sus vacilantes discípulos. De acuerdo con Juan, esta fue la más profunda expresión del amor de Dios, demostrado en un acto de increíble humildad y servicio.

*Nota: Lavar los pies era una costumbre social del primer siglo, porque la gente usaba sandalias abiertas en caminos muy polvorientos. Era una tarea humillante, hecha usualmente por su sirviente.*

**Jesús –“Dios con nosotros”**

Nunca podremos entender la dramática acción de inclinarse de parte de Dios, al convertirse en la persona humana de Jesús. El Creador del universo se convirtió en criatura. El Gobernante de todo el universo se convirtió en un bebé humano con todas sus limitaciones físicas. Lo que todo esto significa es un misterio profundo; un maravilloso y transformador misterio. Aun antes de que Juan nos diga lo que Jesús hizo esa noche, hace una pausa para recordarnos exactamente quién estaba haciendo eso: “Jesús sabía que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos, que había salido de Dios, y a Dios volvía” (Juan 13: 3).

Debemos recordar esta realidad cada vez que escuchemos historias de Jesús. Las historias más profundas no son acerca de las grandes multitudes, sus grandes relatos y sus milagros públicos, sino el tiempo pasado con personas en forma individual –la mujer junto al pozo, Nicodemo en la conversación tarde en la noche, las conversaciones con María, Marta y Lázaro en su hogar; el tiempo y atención dado a cada uno de sus discípulos en diferentes formas personalizadas, las conversaciones íntimas con las personas al momento de sanarlas, el llamar a Zaqueo a bajar del árbol, con María en el huerto, la mañana de la resurrección, la caminata a Emaús con dos creyentes desanimados, el preparar el desayuno en la playa para algunos de sus discípulos. En cada uno de esos momentos vemos al Dios del universo interactuando personalmente con una persona a la vez, como si eso fuera lo único que importara en todo el universo. Bajo todo punto de vista, se vería como algo terriblemente ineficiente y tal vez hasta riesgoso y derrochador, pero constituye una notable percepción acerca de cómo es Dios y del amor que tiene por cada uno de nosotros.

Y este es el mismo Jesús que se inclinó para lavar uno por uno los pies de sus discípulos. Un acto muy personal a la vez que un poderoso símbolo; una representación de lo que era Jesús, como “Dios con nosotros” (ver Mateo 1:23): demostrando la plenitud de su amor.

**Inclinado para lavar los pies**

Hay todavía otro elemento en la introducción de Juan de esta historia de Jesús el gran servidor. Juan se da cuenta de que Jesús sabía lo que estaba ocurriendo en el oscuro trasfondo de esa noche: “…el diablo ya había incitado a Judas, hijo de Simón Iscariote, a que lo entregase” (Juan 13:2) Jesús “sabía quién lo iba a entregar” (versículo 11) y cómo iba a acabar eso tanto para él como para Judas. En unas cuantas horas se cumplirían sus destinos.

Por ahora, la cena estaba preparada, pero nadie había hecho arreglos o se había ofrecido a lavar los pies del grupo. Así que Jesús, el Hijo de Dios, llevó a cabo un acto de gran humildad y asombro. Es asombrosa la imagen del Dios del universo inclinándose para lavar los pies de un grupo ordinario de hombres. Añadido a esta maravilla, está el estigma cultural añadido al lavamiento de pies en aquellos días. Era el trabajo de los siervos de más baja posición, sin mencionar el hecho de que los pies que él lavó incluían los de aquel que estaba a punto de entregarlo a sus enemigos y de otro que iba a negarlo más tarde esa misma noche.

La disposición de Dios como siervo, es una de las realidades más profundas de la fe cristiana y una que fácilmente damos por sentado. Aun en el más fiel de los santos, este ejemplo de humildad es siempre una lucha. Es un tipo de amor que trasciende lo mejor que la humanidad puede ofrecer o siquiera entender totalmente. “El amor por el menos afortunado es algo bello –el amor por los que sufren, por los pobres, los enfermos, los fracasados, los no atractivos. Esto es compasión y toca el corazón mismo del mundo. El amor por los más afortunados es muy raro –amar a aquellos que triunfaron donde yo fracasé, regocijarme sin envidia con aquellos que se regocijan, el amor del pobre por el rico…El mundo siempre queda anonadado por los santos. Y está luego el amor por los enemigos –el amor por quien no te ama, sino que se burla, amenaza e inflige dolor. El amor del torturado por el torturador. Este es el amor de Dios que conquista el mundo” (Frederick Buechner, *The magnificent defeat*, p. 105).

**La suprema inclinación. Jesús, el Dios – hombre estaba muerto**

Este acto fue el comienzo de un suplicio de 24 horas que terminó con un Jesús torturado, crucificado y muerto, colocado en una tumba prestada al ponerse el sol aquella tarde de viernes. En cierto sentido, el inclinarse a lavar los pies de los discípulos fue el preludio para inclinarse aun más bajo a fin de elevar al mundo entero hacia la resurrección y la esperanza: “Baja para alzarse nuevamente y traer consigo a todo el arruinado mundo…Debe inclinarse a fin de levantar: Debe casi desaparecer bajo la inmensa carga antes de increíblemente enderezar la espalda y marchar con la enorme masa meciéndose sobre sus hombros” (C S Lewis, *Miracles,* p. 179).

Tomando de varios pasajes del Antiguo Testamento para sostener su argumento, todo el capítulo 1 de Hebreos es un testimonio de la absoluta bondad de Jesús. “…el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por medio de quien hizo los mundos. El Hijo es el resplandor de su gloria, la misma imagen de su ser real, el que sostiene todas las cosas con su poderosa Palabra. Después de efectuar la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1: 2.3).

Jesús era Dios –Eterno, Creador, Sustentador. Algunos de los discípulos y amigos de Jesús que contemplaron su muerte a la distancia habían escuchado esa afirmación de entre ellos mismos (ver Mateo 16: 13-16) y de la voz de Dios (ver Mateo 17:5). Ahora, en esa colina frente a ellos –el Dios Hombre estaba muerto.

Fue humildad, la nada, quien se inclinó tan bajo como la no existencia. La muerte trae siempre demolición y estremecimiento, pero la muerte del Dios Hombre fue mucho más que eso –fue demolición del mundo, estremecimiento del universo, pero también transformación del mundo y redención del mundo.

Se le preguntó al autor Douglas Coupland cuál era su mayor temor. Contestó: “Que Dios exista, pero no se preocupe mucho por los seres humanos”. En Jesús y su crucifixión Dios revertió este enorme temor: Dios se preocupa mucho por los seres humanos; tanto así, que estuvo preparado para el sacrificio máximo para demostrarlo y para hacer posible nuestra eterna reconexión, rescate y relación con él.

**La actitud de inclinarse**

Con razón el apóstol Pablo usa esas imágenes de humildad y servicio a los demás de un Dios que se inclina, como la más grande expresión de su amor y gloria; y de cómo debemos vivirlos: “Haya en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Quien, aunque era de condición divina, no quiso aferrarse a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Y al tomar la condición de hombre, se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Filipenses 2: 5 - 8).

En respuesta a esta bondad y asombrosa humildad, debemos mantener, practicar y dar a conocer nuestra fe con esa misma humildad. Nos gastamos a nosotros mismos, personal y corporativamente, sirviendo y buscando lo mejor para aquellos con quienes compartimos nuestra vida y el mundo. Con razón el profeta Miqueas unió esta búsqueda de la justicia y misericordia con el imperativo: “andar humildemente con tu Dios” (Miqueas 6:8).

La tentación de los seguidores de Dios es morar con Dios en la cumbre de las experiencias espirituales. Esa fue la mala sugerencia de Pedro en el Monte de la Transfiguración –que se hicieran pabellones en ese sitio (ver Mateo 17:4). Pero este no es el plan de Dios. La humildad práctica consiste en bajar de la montaña para caminar entre los perdidos, amenazados o sufrientes, arriesgándonos a favor de su sanidad, ayudándolos y procurando su salvación.

**Se quedó**

Carl Wilkens había sido el director nacional de la Agencia ADRA en Rwanda, durante cuatro años, en abril de 1994, cuando se vio en medio de una de las situaciones más horribles de la historia reciente. Durante los 100 días siguientes, fueron asesinados más de 800,000 nativos de Rwanda en frenéticos asesinatos de origen étnico, mientras el resto del mundo lo ignoraba o prestaba poca atención.

Representantes de la Iglesia, ADRA y el gobierno de los Estados Unidos, instaron a Carl Wilkens a escapar del terrible genocidio, pero él sabía que su partida pondría a miembros de su personal en serio peligro. Aunque su esposa, hijos y padres evacuaron rumbo a Kenya, él se quedó e hizo cuanto pudo para ayudar y proteger a otros atrapados en la locura de esos tres meses.

Su experiencia durante ese tiempo fue publicada en el 2011, en su libro *I’m not leaving*. Pero no es una historia del horror vivido en Rwanda; es más bien una historia personal. Cuenta acerca de su trabajo salvando vidas en formas ordinarias y extraordinarias, y reflexiona en cómo tales experiencias transformaron sus relaciones con su familia, con Dios y con otros.

Como tal, su libro es una historia de esperanza, no de horror. Su tarea es enfocar su atención en las personas que soportaron esas tragedias, deshaciendo el trabajo de los asesinos, cuyo método era deshumanizar sus víctimas. Su historia es una de valor y fe, demostrando que esas virtudes realmente importan aun entre las circunstancias más brutales, cuando la vida era desgarradoramente endeble y tercamente resistente. Entre esos extremos, el autor fue ejemplo de lo que significa poner todo a un lado a favor de los demás, simplemente porque eso era lo que debía hacerse.

Esta historia es un llamado a vivir valiente, fiel, humilde y compasivamente, independientemente del costo; y a confiar a Dios nuestra vida y servicio a él y a los demás. Es una historia de alguien que demostró en forma notable “la misma mentalidad de Cristo Jesús”.

**Dios todavía se inclina**

Jesús demostró su amor al servir como “Dios con nosotros” en un tiempo y lugar dentro del desorden y confusión del mundo. Eso es lo que hace en nuestra vida, en nuestros diferentes desafíos y problemas. Y eso es lo que sigue haciendo hoy en nuestro mundo, si tan solo alzamos a él nuestra vista. Dios todavía se inclina para servir -a ti, a mí, a todos, aun cuando lo traicionamos y negamos. Según lo describen los apóstoles Juan y Pablo, fue el mayor acto de Jesús, en el que nos mostró “la plenitud de su amor”.

Después de lavarles los pies, Jesús invitó a sus discípulos, y nos invita a nosotros también a unirnos con él en actitud y acción. “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies, los unos a los otros. Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. Os aseguro: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que lo envió. Ahora que sabéis esto, seréis dichosos si lo hacéis” (Juan 13: 14-17).

**Preguntas para comentar**

1. ¿En qué forma el hacer algo tan sencillo como lavar los pies de los discípulos muestra “la plenitud” del amor de Dios?
2. Esta no es una actitud humana normal, así que, ¿cómo podemos “tener la misma mentalidad de Cristo Jesús”?
3. ¿Cómo podemos hacer de esta “mentalidad de Jesús” una realidad en nuestra vida?

“Muchos piensan que sería un gran privilegio visitar el escenario de la vida de Cristo en la tierra, andar donde él anduvo, mirar el lago en cuya orilla se deleitaba en enseñar y las colinas y valles en los cuales sus ojos con tanta frecuencia reposaron. Pero no necesitamos ir a Nazaret, Capernaum y Betania para andar en las pisadas de Jesús. Hallaremos sus huellas al lado del lecho del enfermo, en los tugurios de los pobres, en las atestadas callejuelas de la gran ciudad, y en todo lugar donde haya corazones humanos que necesiten consuelo. Al hacer como Jesús hizo cuando estaba en la tierra, andaremos en sus pisadas”- DTG 595.

**Día 4**

**“Porque de tal manera amó Dios al mundo…”**

Si has estado asistiendo a una iglesia por algún tiempo, esto es algo que seguramente has escuchado muchas veces. Es una versión personalizada de Juan 3:16, usada a veces como parte de un llamado para aceptar a Jesús como “tu Salvador personal”. Sería algo así como lo siguiente: “Porque de tal manera amó Dios a [*inserta aquí tu nombre*], que ha dado a su Hijo unigénito, para que si [*inserta aquí tu nombre*] cree en él, [*inserta aquí tu nombre*] no se pierda, mas tenga vida eterna”.

Entre toda la maravillosa complejidad que encontramos en la historia de Dios contada en la Biblia, el corazón mismo del evangelio puede sintetizarse en una sola frase que aun un niño puede memorizar y empezar a entender. Y esta versión personalizada de este conocido versículo bíblico es una forma valiosa de enfatizar el amor personal de Dios por cada uno de nosotros y la elección que cada uno debemos hacer para aceptar el don de Dios ofrecido a través de Jesús. Como tal, esta adaptación de este muy amado versículo describe una asombrosa y transformadora verdad.

Tal vez sea también una verdad transformadora del mundo. Al reconocer nuestra pecaminosidad y perdición, damos un paso significativo en el reconocimiento del problema primario de nuestro mundo –nosotros mismos- nuestro egoísmo y resistencia a aceptar que somos parte del problema. Al contar acerca de una conversación con un amigo, acerca de la necesidad de confesión y aumento de una relación con Dios, el escritor Don Miller sugiere: “Tal vez puedas ver la confesión como un acto de justicia social. El mundo entero está derrumbándose porque nadie admite que se ha equivocado. Pero al pedirle a Dios que te perdone, estás dispuesto a admitir tu propia [basura]”. (*Blue Like Jazz*, p. 53). Como lo enfatiza Juan 3:16, tanto el pecado como la salvación son realidades que debemos tomar personal y seriamente.

Pero debemos recordar también que esta versión personalizada de Juan 3: 16 no es lo que dice el versículo. Si se lee solamente de esa manera, podemos vernos tentados a una aceptación de la salvación muy superficial y arriesgarnos a perder mucho de lo que está involucrado en una lectura profunda de este versículo.

Muy frecuentemente la salvación –como muchas veces la concebimos- pareciera verse como llevándome al cielo a *mí*. Es sorprendente cómo aun nuestras discusiones teológicas pueden centrarse en nosotros mismos. Si lo que nos mueve es “si vale lo que cuesta” y “¿qué hay para mí en eso?” –a menos que tengamos mucho cuidado- tal actitud se puede filtrar aun en nuestras más devotas reflexiones. En este sentido, frecuentemente pareciera que buscamos la salvación al menor precio posible.

Sin lugar a dudas, somos salvos solamente por la gracia de Dios. “Porque por gracia habéis sido salvados por la fe. Y esto no proviene de vosotros, sino que es el don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2: 8, 9). Pero el apóstol Pablo reconoce en el versículo siguiente otro aspecto de esta relación: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios de antemano preparó para que anduviésemos en ellas” (versículo 10).

Santiago amplía esta faceta de la salvación: “Hermanos míos, si alguno dice que tiene fe y no tiene obras, ¿de qué sirve? ¿Podrá la fe salvarlo?… Así también, si la fe no tiene obras, está muerta” (Santiago 2: 14-17).

Dentro del cuadro eterno de la salvación, somos salvos por lo que Jesús ha hecho por nosotros y nos aferramos a ello por la fe. Pero en el aspecto práctico de la vida diaria, esa salvación podría inspirar una vida vivida en asociación con Dios, como miembros actuales del reino actual de Dios. El llamado de Dios que se repite en la Biblia es a una vida de fe y de fidelidad. No se trata de ganar con ello la salvación, sino de vivir y servir gozosamente a la luz de la salvación.

Cuando empezamos a apreciar la maravilla y misterio del infalible amor de Dios, respondemos con fe y gratitud y procuramos su bondad en nuestra vida y en la de quienes nos rodean. Vivimos con tanta fe y con tan buenas “obras” como podamos, entendiendo que esos son dones de Dios y que ninguno de ellos añade algo a nuestra salvación o a la abundante provisión de Dios.

**Léelo nuevamente**

Juan 3: 16 dice: “Porque de tal manera amó Dios *al mundo…*” y el original griego para el término “mundo” es *kosmos*, significando con ello “el mundo como una entidad creada y organizada” (*Comentario bíblico adventista*, t. 5. p. 907). El concepto de que “Juan 3:16 se refiere a mí”, es un importante punto de partida; pero el hecho de que el plan de salvación esté perfectamente resumido en este versículo, tiene implicaciones para cada uno y para toda la creación, es algo en lo que necesitamos pasar más tiempo explorándolo.

Por supuesto, no se trata de armar un argumento a favor del universalismo en el que cada uno será “salvo” independientemente de su elección a favor o en contra de Dios y su plan. Más bien, el enfoque es sobre el amor de Dios que se extiende a todos y su propósito de obrar a través de aquellos que eligen cooperar con él para redimir y ultimadamente recrear la entera creación. Esta es una comprensión más amplia de la salvación, que se aleja de la tentación del egoísmo que algunas veces envuelve una comprensión de la salvación que surge de formas de pensar individualistas.

Sí, la salvación tiene que ver conmigo y mi relación salvífica con Dios, pero no tiene que ver solamente conmigo. El teólogo N.T. Wrigth, lo dice de esta manera: “La justificación no tiene solamente que ver con ‘cómo logro que mis pecados sean perdonados’. Es acerca de cómo crea Dios, en el Mesías Jesús y en el poder del Espíritu, una sola familia que celebra el perdón de una vez por todas y su segura ‘no condenación’ en Cristo, a través de quien su propósito puede ahora extenderse al amplio mundo” (*Justification: God’s plan and Paul’s vision*, p. 248).

Podemos tal vez aceptar fácilmente que Dios ama a otras personas además de nosotros. Ama a aquellos que amamos y nos regocijamos en ello. Ama también a aquellas personas a quienes nos acercamos en nuestra comunidad y ese reconocimiento de su amor por cada uno debe ser una motivación para acercarnos a ellos para darles a conocer su amplio amor. Pero también ama a aquellos a quienes tememos, a aquellos a los que no sabemos cómo mostrarles al amor de Dios y compartirlo con ellos. Dios ama a la gente, a toda la gente, en todas partes y en todo tiempo. El favor de Dios no se limita a nuestro favor.

Una forma en que se demuestra lo anterior es a través de la creación. La Biblia señala consistentemente ante el mundo que nos rodea, la evidencia de la bondad de Dios. El apóstol Pablo dice que toda la gente tiene una oportunidad de encontrarse con Dios a través de su creación: “Porque los atributos invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, se ven claramente desde la creación del mundo, y se entienden por las cosas que han sido creadas; de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20). Jesús se refirió también al mundo y al orden creado como evidencia del amor de Dios y como un medio a través del cual todas las personas son recipientes de su gracia: “…vuestro Padre celestial…envía su sol sobre malos y buenos, y manda lluvia sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). Así como con todas las bondades del mundo natural, la vida misma es un don de Dios, independientemente de la respuesta o actitud de la persona hacia Dios. Cada persona es un recipiente de esa gracia.

**Relaciones renovadas**

Pero aun lo dicho hasta aquí no le hace justicia a la amplitud de Juan 3:16: “*Porque de tal manera amó Dios al mundo*…” El enfoque de la segunda parte de este versículo es el plan de salvación de Dios como forma de ofrecer vida eterna a “todo aquel que en él crea” (Juan 3:16). El peligro real de “perdición” estriba en la relación con Dios rota por causa del primer pecado humano. Solamente podemos venir a Dios personalmente como seres humanos caídos. Cuando aceptamos este don de salvación, se restaura nuestra relación con Dios. Como resultado de lo mucho que Dios nos ha amado, del regalo que nos ha dado en su Hijo y de la promesa de la vida eterna, somos hechos nuevos y crecemos en dirección de una relación correcta con Dios para que gocemos de ella, incluyendo la relación con otros y el mundo más allá de nosotros.

Obviamente, los seres humanos tienen un lugar especial dentro de la salvación y la Creación, y en Génesis 1 y 2 se le presta más atención a la creación humana que al resto de la historia. La primera “definición” de lo que significa ser humano, incluye haber sido creado a la imagen de Dios. Aunque los seres humanos son parte central de la creación, es claro que Dios tiene también una consideración especial por el resto del mundo creado.

Cuando Adán y Eva eligieron desobedecer a Dios, se afectó toda la creación. La realidad del pecado cambió la relación entre Dios y la humanidad, entre la humanidad y la naturaleza y aparentemente entre Dios y toda su creación (Génesis 3). Dios es todavía el Creador y todavía ordena y sustenta la vida. Pero tal vez en forma similar al cambio en la relación entre Dios y su pueblo, la relación entre Dios y su creación se muestra menos directamente y más difícilmente.

No es que no haya todavía vislumbres de Dios en el mundo creado. Como se dijo antes, Dios todavía habla y obra en y a través del mundo natural. Y de alguna manera la creación y las criaturas mismas alaban a Dios y hacen eco a la relación por la cual fueron creadas. “¡Alabad al Eterno desde la tierra, vosotras criaturas del mar y profundos océanos! ¡El rayo y el granizo, la nieve y la neblina, el viento tempestuoso que ejecuta su orden! ¡Montes y collados, árboles frutales y todos los cedros! ¡Bestias y todo animal doméstico, reptiles y volátiles! ¡Reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra! ¡Jóvenes y doncellas, ancianos y niños! ¡Alaben todos el Nombre del Eterno, porque sólo su Nombre es sublime! ¡Su gloria está por encima del cielo y de la tierra!” (Salmos 148: 7-13).

Pero aun en esta alabanza, los matices se han silenciado, la celebración es incompleta y el quebrantamiento es evidente. La alabanza está mezclada con lamentos (Romanos 8:22). La vida se termina con la muerte. La Creación se ve asediada de decadencia y de alguna manera anhela la restauración. “Porque la creación aguarda con ardiente anhelo que los hijos de Dios sean revelados. Porque la creación fue sometida a frustración, no por su propia elección, sino por la voluntad del que la sujetó, con esperanza de que la misma creación será librada de la esclavitud de la corrupción, para participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Romanos 8: 19-21).

En cierto sentido, la dislocación de la creación por causa del pecado humano fue más vívidamente demostrada en la crucifixión. C.S. Lewis describe la resurrección como el “gran milagro” que introdujo una totalmente diferente posibilidad en el mundo, pero la muerte del Creador del mundo dentro de los confines y limitaciones de ese mundo no cobra menos magnitud de “anti milagro”. Con razón la naturaleza escondió el rostro y se convulsionó violentamente en ese oscuro momento de la historia humana (ver Mateo 27: 45 -51). Pero aun en su momento más oscuro, el Creador estaba obrando para recrear –aun la muerte del Creador abrió el camino para la recreación. “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito…”

**Agentes de recreación**

Al ser invitados a una nueva vida de relación con Dios por causa de lo que Jesús ha hecho por nosotros a través de su muerte, somos llamados también de regreso a nuestra relación con Dios que originalmente contemplaba a los seres humanos como “mayordomos”, cuidadores y jardineros de su creación. El plan de Dios es que el mundo sea restaurado a su perfección original. La muerte será vencida (ver 1 Corintios 15:26) y será quitado el impacto del pecado y la muerte (ver Apocalipsis 21. 1-5). Como tal, somos llamados no solamente a aceptar hoy su oferta de salvación, sino a vivir y dar a conocer esa salvación en nuestro mundo en anticipación a la completa recreación prometida por Dios. Somos salvos por la gracia como don de Dios y recreados como “hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios de antemano preparó para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10). Cuando somos salvos somos también llamados a cumplir el papel que él creó para que desempeñáramos en el mundo.

Esto tiene importantes implicaciones en la forma como entendemos nuestra respuesta a la salvación de Dios y nuestra relación con el mundo en que hemos sido creados y recreados. “No somos salvados del mundo creado, sino salvados para el mundo creado (Romanos 8: 18-26). Los seres humanos fueron formados para cuidar del maravilloso mundo de Dios y no es exagerado decir que la razón por la que Dios salva a los seres humanos no es solamente porque los ama por sí mismos, sino por lo que son realmente –sus procreadores, mayordomos y vice regentes de su creación” (N.T. Wright, *Justification*, p. 234). El mundo en su totalidad debe beneficiarse de las renovadas relaciones entre Dios y su pueblo.

Siendo que Dios nos amó tanto, somos llamados a amar lo que él ama. “Porque de tal manera amó Dios al mundo” “como una entidad creada y organizada”, que nosotros debemos amarlo también. Y porque hemos aceptado el don de Dios de la salvación, procuramos la misma salvación y recreación para nuestros prójimos y anhelamos la recreación de todo el mundo creado. En forma específica y especial, somos ahora agentes de Dios para servir, preservar, ayudar y sanar en nuestro mundo.

**Preguntas para comentar**

1. ¿Cómo puedes explicarle la salvación a un amigo no cristiano? ¿Cuán importante es la gracia de Dios en nuestra relación con él?
2. ¿Cuáles son algunas de las formas en que la gracia de Dios se extiende aun a aquellos que tal vez no creen en él?
3. ¿Qué significa ser un “mayordomo” de la creación? ¿En qué forma nuestro cuidado de la creación afecta a otras personas?

**Día 5**

**La gran comisión**

Cuando los alemanes ocuparon Hungría en 1944, la maquinaria del holocausto marchó a toda velocidad. El veloz genocidio cobró 600,000 vidas. Más de 450,000 judíos húngaros fueron deportados a los campos de concentración de Auschwitz en las siete semanas entre mayo y junio, el índice más rápido de deportación del Holocausto. A su arribo, la mayoría fueron enviados a las cámaras de gas. Una tercera parte de las víctimas judías de Auschwitz eran húngaros.

En medio de esta locura, aumentó la reputación de Laszlo Michnay, presidente de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Hungría. Con extraordinario riesgo de su vida y al de su familia, alimentó, escondió en su casa e iglesia y salvó a numerosos judíos húngaros durante este tiempo de extrema persecución.

La determinación del pastor Michnay de ayudar a los judíos quedó sellada cuando al asistir a las conferencias de la iglesia en Alemania, en 1936, y en Polonia, en 1942, fue testigo de que el antisemitismo y las atrocidades comenzaban a hacerse evidentes en esas naciones. Conjeturando que era solamente cuestión de tiempo antes de que los nazis invadieran Hungría, se preparó para el inminente holocausto local. Con ayuda de donaciones de la iglesia y su propia herencia, almacenó alimentos y planificó una red de casas seguras.

En los primeros años de la década de los 1940, el Pastor Michnay imploró a su congregación que ayudara a los judíos oprimidos. La gente se salió de la iglesia porque estaban seguros que el pastor sería arrestado. Tenían miedo, pero nunca le pasó nada. Sin embargo, las iglesias adventistas de Hungría fueron finalmente cerradas cuando los alemanes escucharon acerca de los sermones sediciosos del Pastor Michnay.

Cerca del final de la Segunda Guerra Mundial, el cuartel alemán local emitió la orden de ejecución de cada miembro de la familia Michnay al siguiente día, porque estaban escondiendo judíos. Pero esa noche, los alemanes, creyendo erróneamente que el ejército ruso estaba peligrosamente cerca, abandonaron las calles. En el caos subsecuente, la familia escapó a su condena. Esta fue solamente una de las muchas veces que la familia fue salvada milagrosamente.

El sótano de la iglesia estaba lleno de judíos a quienes se les proveían colchones y cobijas. Algunos eran introducidos falsamente como familiares. El Pastor Michnay nunca rechazó a ninguno. Cada uno, incluyendo su familia, comía una vez al día, generalmente un plato de sopa.

La cantidad de personas que escondió la familia Michnay fluctuó de acuerdo al espacio disponible y el peligro en Budapest. Envió muchos a zonas rurales, a lugares seguros que pertenecían a una red de ministros adventistas que no fueron nunca detectados.

**Sermón viviente**

Unos 60 años después de estos eventos, esta historia del Pastor Michnay se publicó en un periódico de Australia, coincidiendo con una exhibición del Museo Judío de Sydney que incluyó esta historia como la de alguien que había emigrado a Australia más tarde en su vida. Aunque sus sermones tal vez hayan sido recordados por su efecto, su contenido es menos recordado. Pero sus grandes sermones son esas acciones que demostraron el interés de Dios por los perseguidos y oprimidos, el hambriento y las personas sin hogar, colocándose en la línea para servir y salvar.

Es un tipo de “predicación” que merece mayor atención y práctica. Los versículos conocidos como la gran comisión evangélica (Mateo 28: 18 -20) figuran entre los más conocidos de la Biblia por parte de los cristianos. Se han descrito frecuentemente como la “declaración de misión cristiana” y se han enfatizado, analizado y dado prioridad para explicar toda clase de proyectos misioneros y evangelizadores, mayormente con el enfoque de ir, hacer, bautizar y enseñar -una fórmula que se ha desmenuzado y vuelto a armar en diferentes formas.

Pero a veces quitamos o pasamos por alto las declaraciones de apertura y finalización de esta comisión. “Entonces Jesús se acercó a ellos, y les dijo: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra… Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28: 18, 20b). Esta comisión comienza y termina con Jesús. Su personalidad, poder y presencia constituyen el contexto en el que sus discípulos deben aceptar y cumplir su misión. Debemos recordar que esas instrucciones a los primeros discípulos de Jesús no eran una nueva asignación, sino una continuación de la misión que Jesús ya había estado poniendo en marcha entre ellos.

**La misión de Jesús**

Ya sea que hubiera sido la lectura prescrita para ese día, o que Jesús intencionalmente encontrara los versículos relevantes (Isaías 61: 1, 2) en el rollo que se le dio a leer, no es coincidencia que esos versículos fueran el texto de su primer sermón público. "El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ungió para dar buenas nuevas a los pobres, me envió a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; a dar libertad a los oprimidos, y a predicar el año favorable del Señor" (Lucas 4: 18, 19). Tampoco es una coincidencia que la historia de ese corto sermón de Jesús: "Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír" Lucas 4:21), inicie el registro de Lucas del ministerio público de Jesús.

Jesús, y también Lucas al contar la historia, usan la profecía de Isaías para explicar lo que Cristo estaba haciendo y estaba a punto de hacer. Estos versículos de Isaías 61 fueron adoptados como declaración de misión de Jesús. Su ministerio y misión eran a la vez espirituales y prácticos y demostraría que lo espiritual y práctico no está tan separado como generalmente asumimos. Para Jesús y sus discípulos, el cuidar física y prácticamente de la gente era por lo menos parte de atenderlos espiritualmente.

Poco tiempo después, Juan, el primo y precursor de Jesús, envió mensajeros a Jesús para dirigirle la pregunta clave: “¿Eres tú Aquel…?” Aunque Juan haya tenido diversos motivos para su pregunta, tal vez con la esperanza de mover a Jesús a actuar en su favor, hizo la pregunta correcta.

Sin embargo, la respuesta de Jesús podría ser diferente a lo que esperaríamos; excepto que encaja bien con lo que acabamos de ver: “Id, y contad a Juan lo que habéis visto y oído, que los ciegos ven, los lisiados andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres es anunciado el evangelio” (Lucas 7:22. Pareciera que para Jesús, su ministerio práctico –atender a los necesitados y amor en acción- debía ser suficiente para convencer o al menos para recordarle a Juan que era Aquel que Juan había declarado previamente que era.

**La primera comunión**

En la historia de Mateo sobre la comisión dada a los discípulos, cuando Jesús finalmente reunió al grupo de doce seguidores especiales, pareciera que la primera cosa que hizo fue enviarlos. Les dio una tarea e instrucciones específicas: “Id…y proclamad que el reino de los cielos está cerca” (Mateo 10:7). Estas eran las buenas nuevas que deseaba que dieran a conocer en esta primera vez, trabajando solamente en sus comunidades locales. Así que cuando los dejó con sus instrucciones finales de ir y evangelizar, de ser sus testigos, de dar a conocer las buenas nuevas (ver Mateo 28. 18-20 y Hechos 1:8) no era una nueva tarea, sino un campo más amplio para la misión que habían estado aprendiendo y haciendo.

Unos 2000 años más tarde, nos encontramos a nosotros mismos como parte de la misma historia y la misma misión. Jesús nos instruye también a dar a conocer las buenas nuevas. Pero la clave de la evangelización y de la forma como lo hacemos, es considerar qué es lo que tenemos que dar a conocer.

Obviamente, las buenas nuevas es un mensaje. Decimos cómo creó Dios al mundo y que después de que se descarrió, él ha obrado y sigue obrando a través de la historia para recrearlo. Decimos cómo estábamos sin esperanza, pero que algo cambió en nuestra vida cuando de alguna manera nos conectamos con la realidad de Dios y que vivimos ahora con diferentes motivaciones y prioridades. Decimos que Jesús vino a anunciar que “el Reino de los Cielos se ha acercado” y cómo vivimos esperando que ese reino se establezca plenamente cuando regrese.

Una de las formas de hacerlo es darse cuenta de que las buenas nuevas son también acción. Las instrucciones siguientes a sus discípulos fueron: "Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios. De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8). Esas instrucciones repiten la declaración de misión de Jesús en Lucas 4: 18, 19. Estas buenas nuevas iban a hacer una gran diferencia en la vida de los pobres, los oprimidos, lastimados y sin esperanza. Y si no la hicieran, ¿podrían considerarse realmente buenas nuevas?

Esto no es solamente un componente vital de las buenas nuevas enseñadas y practicadas por Jesús, es también la clave de su eficacia y atractivo. “El mundo no puede argüir con una iglesia que se identifica con el dolor de los pobres en la sociedad. La integridad de esta forma de cristianismo hace callar a los críticos más duros, porque pueden reconocer el amor y la compasión genuinos cuando se topan con ellos” (Tony Campolo y Gordon Aescliman, *Everybody wants to change the world*, p. 13).

Al desplazarse los discípulos de pueblo en pueblo, anunciando el reino de los cielos y sanando a los enfermos, ayudando a los pobres y dándose a sí mismos, es fácil imaginar que la pregunta obvia en cada comunidad visitada era por qué estaban haciendo eso y quién los había enviado. Como respuesta, le contaban entusiastamente a la gente acerca de su Maestro y Amigo, un hombre llamado Jesús y comenzaban a explicarle lo poco que ellos entendían acerca de quién era él y la diferencia que había hecho en su vida.

Ultimadamente, las buenas nuevas son una Persona. Jesús seleccionó a sus discípulos “para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar” (Marcos 3:14) y para que la amistad y la comisión fueran el fundamento de cualquier y toda evangelización que fueran a hacer. Llegaron a reconocer en Jesús un Bien transformador de la vida y un amor que abarcaba al mundo; y no podían dejar de hablar acerca de ello (ver 1 Juan 1: 1-3).

Cuando empleamos tiempo para conocer a Jesús, comenzamos a descubrir a un Amigo y una amistad de los cuales contaremos a otros, aun cuando Jesús no nos haya pedido específicamente que hablemos. Las buenas nuevas son acerca de Jesús. Ciertamente, la buena nueva es Jesús. Y esa es la razón por la que merece la pena compartir y vivir el mensaje.

**Por tanto, id…**

Como resultado de su misión, entrenamiento, viajes de servicio y experiencias personales con Jesús, se les pidió a sus seguidores: "Por tanto, id y haced discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todo lo que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28. 19, 20). Su ministerio en su nombre había de reflejar y representar los valores y principios del ministerio de Jesús y el reino al que invitaban a la gente a pertenecer. Se iban a unir a Jesús en su misión de elevar aun al más pequeño y perdido.

Las discusiones en la iglesia a veces parecieran atorarse en la aparente necesidad de elegir entre un enfoque en el servicio, testificación, justicia o evangelización. Pero cuando entendemos mejor cada uno de esos conceptos y observamos el ministerio de Jesús, la diferencia desaparece y nos damos cuenta de que la acción del reino, particularmente la de servir a otros, es una forma de proclamación y lleva naturalmente a una invitación. El Pastor Michnay predicó sus más sólidos sermones en las vidas que salvó y en lo que le costó a él y a su familia proteger a otros. Tal vez nuestras oportunidades de servir no sean tan dramáticas o amenazadoras, pero nosotros no elegimos una acción u otra. Más bien, trabajamos con Dios al trabajar con las personas, atendiendo sus necesidades reales y usando los recursos que Dios nos ha confiado.

En una de las declaraciones más conocidas de Elena G. White, explica que: “Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les decía: ‘Seguidme’… Hay que aliviar a los pobres, atender a los enfermos, consolar a los afligidos y dolientes, instruir a los ignorantes y aconsejar a los inexpertos. Hemos de llorar con los que lloran y regocijarnos con los que se regocijan” - MC 102.

Como hemos visto, esos dos actos del reino –servicio y evangelización- estaban estrechamente entrelazados en la primera comisión de Jesús a sus discípulos y esa es la forma como su posterior y más grande comisión debe ser similarmente entendida y actuada. En el mejor de los casos, la evangelización que significa llevar las buenas nuevas de esperanza, rescate, arrepentimiento, transformación y amor de Dios que todo lo abarca, es un acto de servicio. Y comprendido bien, servicio es evangelización, proclamando y representando el reino de Dios en formas que las personas no pueden dejar de notar en nuestra vida y en la de ellas.

**Preguntas para comentar**

1. Lee Lucas 4: 16-21. ¿Es esta la forma como responderías a preguntas similares sobre la divinidad, obra mesiánica y misión de Jesús?
2. ¿Por qué piensas que tenemos a veces la tendencia a separar el servicio de la evangelización, como actividades cristianas alternas?
3. Según las describió Jesús, las buenas nueva debían hacer una diferencia en la vida de los pobres, oprimidos, lastimados y faltos de esperanza. Si el evangelio no tiene esos resultados positivos y prácticos, ¿puede considerarse realmente como buenas nuevas?

**Día 6**

**Agentes de justicia y belleza**

La resurrección de Jesús cambió todas las cosas. Es el hecho central. El evento clave de la cristiandad y como tal, a veces apenas si asumido, en vez de verdaderamente recordado y celebrado. Pero no podemos sobreestimar el significado de lo que ocurrió esa mañana de domingo después de que Jesús fue crucificado y debemos aprovechar cada oportunidad para recordar esta asombrosa realidad y sus implicaciones en todo –en nuestra vida, nuestros sueños, en todas nuestras esperanzas.

Mucho de lo que damos por sentado acerca de la vida y la muerte, de lo que es importante y significativo, nos viene de la cultura en la que nacimos, fuimos educados y vivimos. Hacemos nuestro mucho de lo que los demás dan por sentado; lo cual es otra razón por la que recordar la resurrección es tan valioso. Es una historia lo suficientemente poderosa como para sacudir nuestra cosmovisión y lo que damos por sentado, abriéndonos a no simplemente una forma de ver la vida, sino a una clase de vida con diferentes formas de contar nuestras historias, diferentes valores y diferentes prioridades.

Posiblemente la resurrección tiene su más profundo efecto en la forma como medimos nuestra vida y nuestra actitud hacia ganar o perder. El escritor cristiano Ron Sider, lo dice así: “Quienes comprenden el concepto de la tumba vacía, pueden darse el lujo de perder ahora” (En *I am not a social activist*). Por causa del sacrificio (la pérdida) de Jesús y la victoria de su resurrección, la fe es siempre más importante que éxito, no importa cómo midamos ese éxito. No solamente lo que hizo Jesús es el fundamento para esta revaluación de nuestra vida, es también nuestro modelo: “…quien en vista del gozo que le esperaba, sufrió la cruz, menospreció la vergüenza, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

Cuando “entendemos la tumba vacía” podemos confrontar nuestras inevitables desilusiones y pérdidas en forma diferente. Ya no tenemos que ganar, guardar y mantener nuestra imagen o ser un “éxito” para justificar nuestro lugar en el mundo o nuestro sentido de valor. Ya no tiene nuestra opinión que ganar cada argumento o decir la última palabra. La última palabra, o, la Palabra que será la última, ya ha sido hablada.

Por supuesto, es precisamente esta seguridad la que nos enseña que no tenemos que preocuparnos tanto por ganar o perder hoy. Muy frecuentemente y contrario a los valores asumidos e impuestos sobre nosotros en casi cualquier cosa que se nos ha dicho o enseñado, las eternas realidades de la resurrección nos libran de la necesidad de resultados inmediatos y victorias instantáneas. “Nuestra respuesta a la esperanza que tenemos de la eternidad es dedicarnos a trabajar por Dios aquí y ahora, sabiendo que lo que hacemos tiene importancia eterna” (Julie Clawson, *Everyday justice)*.

La resurrección debe cambiar todas las cosas. En la resurrección, Jesús cambió el curso de la historia. Es una garantía de nueva vida y de un mundo nuevo por venir, pero también de un nuevo tipo de vida que ha penetrado en nuestro mundo. El reino de Dios ya está con nosotros, aun cuando no lo esté en forma completa. Al reconocer lo anterior, comenzamos a ver esto como una realidad en la que podemos participar y hasta contribuir posiblemente como agentes de justicia y belleza en un mundo que desesperadamente necesita más de ambas.

**Justicia**

Creemos que Dios va a juzgar este mundo y a regresar para arreglar todo los males de este mundo, así que debemos responder al llamado bíblico a la justicia y comenzar a vivir en forma consistente con lo que el mundo llegará a ser. Al trabajar y servir, nos hacemos socios de Dios en la manera como el sirve este mundo hoy y en la edificación de su reino venidero. Como Creador, pero también como Alguien que escucha los clamores de los pobres, Dios está obrando para servir y cuidar de todos nosotros, aun de aquellos que a veces pasamos por alto. “Que hace justicia al agraviado, que da pan al hambriento, y suelta a los presos. El Eterno abre los ojos de los ciegos, levanta a los caídos, ama a los justos. El Eterno guarda a los extranjeros, al huérfano y a la viuda sostiene” (Salmos 146: 7 -9).

Aun cuando podamos sentirnos sobrecargados por las necesidades de quienes nos rodean, muchas veces, en nuestra propia vida, es Dios quien lo hace por nosotros: Nos da, nos libera, nos sostiene, vela por nosotros y nos sirve. Notablemente, una de las formas como lo hace es a través de sus hijos –nosotros. Nuevamente, se nos invita a unirnos a su misión en el mundo con lo que ya está haciendo –continuando lo que hizo Jesús y sirviéndolo a él al servir a otros.

Aunque bien apreciamos los actos de bien y bondad, los actos de servicio y justicia tienen un impacto mayor, anunciando que el dolor y el quebrantamiento que buscamos atender no es la forma como Dios desea que sean las cosas. Mientras la gente pregunta por qué Dios permite tal sufrimiento, nosotros procuramos trabajar con Dios para cambiarlos.

En el poder de la resurrección y la humildad de Jesús, servir a otros y procurar su bien es una de las formas como podemos mostrar quién es realmente Dios, mientras su imagen se ve oscurecida por el mal que nos rodea: “Podemos buscar por el cielo y por la tierra, y no encontraremos verdad revelada más poderosa que la que se manifiesta en las obras de misericordia hechas en favor de quienes necesiten de nuestra simpatía y ayuda. Tal es la verdad como está en Jesús”. DMJ 116.

**Belleza**

Creemos que Dios creó y va a recrear nuestro mundo en perfección y belleza, así que debemos practicar nuestro papel dado por Dios como mayordomos de su creación y vivir nuevamente de manera consistente con la forma como será este mundo.

En *Breath*, una historia por el escritor australiano Tim Winton, uno de sus personajes describe su primera impresión acerca del esquí acuático: “Como niño, no hubiera podido expresarlo en palabras, pero más tarde entendí lo que embargó mi imaginación ese día. Cuán extraño fue para mí, ver hombres haciendo algo hermoso. Algo sin sentido y elegante, como si nadie lo viera o se preocupara por ello…Nunca hablamos acerca del asunto de la belleza, pero en mí perduraba aún este audaz sentimiento de hacer algo grácil, como si el danzar sobre el agua fuera lo mejor y más valiente que un hombre pudiera hacer”.

Pero al describir el esquí acuático como algo “sin sentido y hermoso”, tal vez el autor deja de captar el punto con respecto a la belleza. En un mundo creado y amado por Dios, la belleza nunca es sin sentido. Comenzando con una creación que era “muy buena” (Génesis 1:31), hasta la poesía del Antiguo Testamento que exalta las maravillas del Creador y el acto de Jesús de llamar la atención hacia las flores de la ladera (ver Mateo 6. 28-30), la belleza es siempre una vislumbre del poder, bondad y amor de Dios; y el despertar del aprecio por la belleza es un paso para conectarnos con esa realidad.

La atención que merece la belleza es la razón por la que el teólogo N T Wright insiste en que tal belleza es un componente clave de lo que la iglesia debe estar procurando en el mundo hoy: “La iglesia debe suscitar de nuevo su hambre por la belleza en todo nivel. Esto es esencial y urgente. Es esencial para la vida cristiana que celebremos el bien de la creación, meditemos en su quebrantamiento presente y hasta donde nos sea posible, celebrar por anticipado la sanidad del mundo, la nueva creación” (*Simply Christian).*

Como primer paso, necesitamos encontrar formas de alentar el arte en muchas de sus formas en nuestras iglesias y comunidades. Los pasillos de nuestras iglesias pueden ser espacios de exhibición; nuestra adoración puede ser algo más que cantos y palabras. Nuestros artistas necesitan nuestras oraciones y apoyo práctico; nuestras relaciones con la comunidad pueden incluir proyectos compartidos de creatividad y embellecimiento. Necesitamos hacer espacio para nuestros pintores y fotógrafos, escultores y poetas, escritores y cineastas, músicos, declamadores y narradores de historias, bailarines y actores, artesanos y tejedores, diseñadores y animadores. Por su parte, nuestros artistas deben ser serios y alegres, honestos, pero de actitud redentora y llenos de esperanza.

Pero nuestra comprensión de la belleza necesita también ir más allá de las artes y abarcar muchas otras cosas que fácilmente damos por sentado. Nuestros jardineros y cocineros, nuestros constructores y amas de casa, quienes plantan árboles y los profesionales, nuestros consejeros, surfistas y exploradores, nuestras madres y amigos, crean también la belleza.

Y todos somos parte de ello; hay un compromiso con la belleza y una contribución a la misma en cualquier momento en que reconocemos y apreciamos algo bello. Entonces, al señalarla o al darla a conocer a otros, nos convertimos en evangelizadores de belleza y por tanto, agentes del reino de Dios.

Como seres humanos, creamos en esa y otras muchas formas porque Dios crea, continúa creando y recreará un mundo en el que la belleza siempre va a tener sentido: “El nos rodeó de hermosura para enseñarnos que no estamos en la tierra únicamente para mirar por nosotros mismos, para cavar y construir, para trabajar e hilar, sino para hacer la vida esplendorosa, alegre y bella por el amor de Cristo. Así como las flores, hemos de alegrar otras vidas con el ministerio del amor”. DMJ 83.

Esto incluye la creación o apreciación de la belleza que de otra manera estaríamos tentados a considerar sin sentido. En medio del dolor, el temor y las tristezas de la vida, tal vez el danzar sobre el agua, o cualquiera sea tu don o pasión creativos –será parte de lo mejor y más valiente que un cristiano pueda hacer.

**Dar a conocer la invitación**

Y es en ese contexto de servir a Dios y a los demás buscando la justicia y la belleza, que nuestra misión se convierte en algo diferente. N.T. Wright lo dice así: “Si estamos comprometidos en la obra de la nueva creación, en procurar hacer presentes señales del eventual nuevo mundo de Dios, en justicia y belleza y un millón de otras formas, entonces en el centro del panorama figura el llamado personal del evangelio de Jesús a cada niño, mujer y hombre” (*Surprised by hope*). Es una forma diferente de entender nuestra misión. ¿Qué tal si entendemos la evangelización como una grácil invitación a unirnos a esa clase de vida de Jesús que enfoca su atención en crear, celebrar y esforzarse por la justicia y la belleza en nuestro mundo actual que Dios ha prometido recrear?

Por supuesto, la resurrección y la ultimada redención de la creación es obra de Dios, pero la misión de la iglesia es participar en esa vida ahora mismo, entre nosotros, como una comunidad de fe y como familia de Dios y en los varios papeles a desempeñar en la comunidad de la iglesia. Y desde esta comunidad, esta clase de vida y esperanza debe derramarse a la comunidad mayor, la familia, lugares de trabajo y a todas nuestras relaciones e interacciones.

Esto no es necesariamente fácil, pero el apóstol Pablo nos asegura que de alguna manera los actos de bondad, justicia, belleza y evangelización, hechos en esta vida, son importantes y hasta de alguna manera contribuyen a edificar el reino de Dios en nuestro mundo ahora mismo y en el futuro.

Casi en forma paradójica, nuestra comprensión de la resurrección -significando con ello que podemos darnos el lujo de perder- significa también que no podemos perder. 1 Corintios 15 es uno de los capítulos más profundos del Nuevo Testamento en cuanto al significado de la resurrección y la esperanza que nos ofrece. Es un discurso filosófico grandioso y a veces elevado, pero el apóstol lo concluye con un pensamiento práctico: “Así, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, abundando en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58).

El vivir como parte del reino de Dios nos hace no estar en sintonía con el mundo que nos rodea –en buen sentido. Pero puede ser también muy difícil. Cuando servimos a los demás, nos arriesgamos a sufrir desilusión. Podemos frustrarnos al obrar a favor de la justicia. Nuestros intentos de creatividad y belleza tal vez no cuenten demasiado, pero cuando obramos en armonía con el reino de Dios, en el poder de la resurrección, nada de lo que hagamos es vano.

**Preguntas para comentar**

1. ¿Por qué piensas que los cristianos han pasado por alto algunas veces el llamado de la Biblia a buscar y crear justicia y belleza en el mundo?
2. ¿En qué actividades, proyectos o ministerios estás involucrado, que contribuyan a la justicia o la belleza, en forma grande o pequeña, aun cuando no los habías visto antes de esa manera?
3. ¿Qué más puedes hacer para crear justicia y belleza en tu iglesia y comunidad?

**Día 7**

**¿Escape o vigorizador?**

Una de las viejas críticas sobre la religión y tal vez del cristianismo en particular, es la tendencia hacia este tipo de fe que aleja a los creyentes de esta vida actual hacia el anhelo por una vida mejor en el más allá; independientemente de cómo se defina lo anterior. Se critica que el enfoque en la otra realidad puede convertirse en una forma de escapismo santo y da como resultado que el creyente sea de menor beneficio para el mundo y la sociedad en la que vive hoy. Dentro de esta línea de pensamiento, la promesa de “aquel porvenir”, usando las palabras de un himno, tiende a opacar la sensibilidad del creyente hacia los gozos y tristezas de la vida actual.

Con frecuencia los creyentes han abierto la puerta a esta crítica, cultivando, predicando y practicando a veces esta actitud. Hay muchas historias de creyentes sinceros que al quedar abrumados por la búsqueda de la santidad o el inminente fin del mundo, se han retirado de la vida activa para asegurar su perfección o preparación.

**Promesas que cambian el presente**

Tal vez el cristianismo está más abierto a tales disparidades por el fuerte enfoque de la Biblia en la promesa de la segunda venida de Jesús y la esperanza de la eternidad en un mundo perfectamente recreado. Y, debe decirse, hay un elemento importante de escapismo en esta promesa.

Dentro de esta cosmovisión, nuestro mundo es un lugar caído, quebrantado y trágico; y sería absurdo no anhelar un mundo nuevo. Cómo ya lo hemos escuchado del apóstol Pablo, toda la creación gime por tal recreación: “Y no sólo ellas, sino también nosotros, que tenemos la primicia del Espíritu, suspiramos dentro de nosotros, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:23). Así que, un elemento de lo que puede ser criticado como escapismo pareciera apropiado para aquellos que hacen suyas esas promesas. No hay nada malo o fuera de lugar en anhelar la ocasión cuando Dios arregle las cosas en este mundo, ponga fin a la injusticia, el dolor y la tristeza y remplace el desorden y el temor con su glorioso reino de justicia.

En su sermón sobre el fin del mundo, Jesús usó la primera mitad de su discurso, registrado en Mateo 24 y 25, detallando la necesidad de escapar, hasta el punto de decir que “Y si esos días no fuesen acortados, nadie se salvaría” (Mateo 24:22). Pero esto es más bien una introducción a su explicación de la importancia de esas promesas de Dios. El enfoque único o primario en el “escape” dentro de la esperanza cristiana para el futuro, es incompleto tanto para el cristiano como para el crítico.

Aun en Mateo 24, Jesús repite su recomendación de vivir alertas en virtud de la promesa de su retorno y lo amplía en la segunda parte del sermón en Mateo 25, con tres historias sobre cómo debe vivir el creyente mientras “espera” a Jesús. Resulta claro que este esperar no es pasivo o escapista; demanda más bien interacción activa con la vida, con los demás y con el mundo que nos rodea.

La primera historia es acerca de las vírgenes sabias y fatuas (ver Mateo 25: 1-13). Esta parábola enfoca su atención en la necesidad de formar recursos y resistencia espirituales en nuestra vida, que nos hagan aptos para la vida hoy y para estar listos para la celebración y la existencia con Dios cuando el mundo sea recreado. Pero el enfoque es el deber presente en virtud del retraso potencial del regreso del “esposo”.

La segunda historia de Jesús es la parábola de tres siervos, conocida también como la parábola de los talentos (ver Mateo 25: 14-30). A tres hombres se les dan diferentes sumas de dinero, representando con ello los recursos materiales y oportunidades que a todos se nos dan en diferente medida. Al regreso del amo, ellos deben dar cuenta del uso que han hecho de lo que se les ha dado. Dos de los siervos lo hacen bien, pero el otro tiene miedo de usar su don, cuyo resultado es la reprimenda del amo y ya no ser parte de ellos. Nuevamente, el enfoque de la historia es el tiempo entre la ida del amo y su retorno, haciendo el mejor uso de los recursos y oportunidades que tenemos.

La tercera historia es conocida comúnmente como la parábola de las ovejas y los cabritos, pero no tiene nada que ver con elegir o contar esos animales (ver Mateo 25: 31-46). En breve, esta parábola enseña que es importante la forma en la que vivimos ahora, cómo tratamos a los demás y cómo tratamos a los menos afortunados entre nosotros. Es el clímax del sermón de Jesús. Al comienzo de Mateo 24, los seguidores de Jesús le preguntan: “¿Cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del mundo?", a lo que Jesús ultimadamente responde: “Lo que realmente importa es cómo vives y tratas a los demás mientras tanto”.

En vez de ser una tentación al escapismo egoísta, la promesa de la segunda venida de Jesús y de un mundo recreado debe ser un llamado a una diferente forma de vivir, servir y relacionarse con quienes nos rodean. Las promesas de Jesús “llenan el presente de esperanza y energía. Siendo que el futuro llena el presente de significado y propósito, nos damos a nosotros mismos a las necesidades de los demás, aun a la reestructuración de la sociedad. La esperanza cristiana tiene vastas consecuencias sociales…damos una mirada retrospectiva a las promesas y vemos hacia adelante a su cumplimiento; actuamos ahora a la luz de lo que todavía va a ser” (Peter Jensen, *The future of Jesus*).

**Vivir a la luz de la esperanza**

La realidad es que lo que creemos acerca del futuro tiene implicaciones importantes en la forma como vivimos actualmente. A diferencia de la caricatura de un creyente puesta su atención totalmente en una vaga y etérea dicha eternal por venir, una dependencia saludable en las promesas de Dios acerca del futuro para nuestro mundo debe ser el catalizador para una participación activa, la chispa que encienda una vida rica y profunda que haga la diferencia con respecto a los demás.

Por definición, los adventistas son personas que esperan la venida y reino de Jesús; son gente de esperanza. Pero esta esperanza no está puesta en un distante foco de luz. Casi en forma contra intuitiva, la esperanza tiene que ver más con ahora que con el mañana. Aunque la esperanza se extiende al futuro, una apropiada comprensión de ella alumbra y transforma el presente. Con tal esperanza, comenzamos a vivir ahora como esperamos hacerlo en el futuro y comenzamos a obrar para hacer la diferencia hoy en forma armoniosa con el mundo como esperamos que llegue a ser algún día.

Y este impulso es indudablemente práctico. Siendo que creemos que esa intención correcta o justa de Dios llegará ser eventualmente la realidad ultimada para la humanidad, tiene sentido que practiquemos esta forma de vida ahora mismo y que ordenemos nuestra vida en forma tal que lo hagamos realidad. Es también algo que los hijos de Dios elegirán hacer como gente que desea vivir hoy en los caminos de Dios.

Sabiendo que le importa a Dios lo que les sucede a “estos mis hermanos pequeños” (Mateo 25: 40, 45), debe importarle también a sus hijos. Y porque sabemos que las estructuras de poder, políticas, económicas, culturales y sociales que perpetúan la injusticia en todas sus formas, serán derribadas, vivimos en forma tal que en virtud de cómo servimos, cómo perdonamos y cómo amamos, contrastamos en forma asombrosa y crítica con el mundo que nos rodea. A través de nuestra vida, testificación, presencia e influencia, procuramos deshacer el mal en nuestro mundo. Sabemos que estas fuerzas y sistemas, y nuestra participación y beneficio en ello y por ello, son solamente temporarias, y no importa cuán sobrecogedoras parezcan, no tendrán la última palabra.

Sin lugar a dudas hay un elemento de escapismo en la promesa del retorno de Jesús. En un mundo tan lleno de dolor y tristeza, es apropiado poner la vista en un mejor lugar y un mejor camino. De acuerdo a las promesas de Dios, eso ocurrirá, pero todavía no ocurre.

Más importante aun, esas promesas cambian la forma como vemos hoy e impulsan la forma como respondemos. Las promesas de Dios nos llaman a involucrarnos en el mundo haciendo lo que podamos para confrontar los males que vemos a nuestro alrededor, sanando las heridas de nuestros hermanos y hermanas, cuidando de nuestro mundo, celebrando el bien que encontremos y dando a conocer la esperanza que nos dan esas promesas.

Aun cuando nuestros esfuerzos sean débiles y pequeños, obramos juntamente con Dios para comenzar a recrear el mundo como un día él ultimada y gloriosamente recreará. Cuando Jesús dijo: “Me voy, pero volveré a vosotros” (Juan 14: 28), estaba diciendo también a sus seguidores: “Vivan como si esto fuera realidad hoy, y eso hará una diferencia”.

**La promesa del juicio**

Pero tal vez para realmente apreciar el impacto de las promesas de Dios y ser impulsados a vivir fielmente en forma tal que hagamos una diferencia, necesitamos tratar de ver el mundo como Dios lo ve. Cuando se describe el juicio en el mundo, se enfatiza mucho la bondad y la esperanza del juicio de Dios. En *Reflexions on the Psalms*, C.S. Lewis observa que los escritos bíblicos de los Salmos y los Profetas, están llenos de anhelo por el juicio y consideran el anuncio del juicio venidero como buenas nuevas”. Esta es la voz de los oprimidos y olvidados, clamando porque se arreglen los males y se escuchen sus quejas.

Es también la petición de que alguien tome nota de los males cometidos en este mundo y un recordativo de que Alguien lo está haciendo. Aunque el sufrimiento, la opresión y la tragedia son los suficientemente fuertes en sí mismos, la injuria o insulto es todavía mayor si parecieran sin significado o pasaran desapercibidos. La posible ingravidez del pesar es más pesada que su carga inicial. Un mundo sin registros o consecuencias es lo más cruelmente absurdo.

Ese es el argumento esencial del libro de Eclesiastés, un libro que muy difícilmente encuadra con muchos intentos de nítidas formulaciones de fe. El clamor del filósofo, “¡Vanidad! ¡Vanidad! va encontrando eco a través de las páginas de esta antigua obra literaria, al citar los diferentes aspectos de la vida como la conocemos, como si no valieran para nada la pena. Trabajo, salud, sabiduría y placeres, todo ello queda catalogado negativamente como sin sentido. Aun la diferencia entre el bien y el mal pareciera no contar demasiado: “Hay otra vanidad sobre la tierra. Hay justos a quienes sucede como si hicieran obras impías, e impíos a quienes acontece como si hicieran obras justas. Esto también es vanidad” (Eclesiastés 8.14).

Pero al final de su diatriba, el filósofo cambia súbitamente el argumento. En medio de la miríada de falta de sentido, dice de pronto: Un momento. Dios va a juzgar todo, así que no es totalmente sin sentido; de hecho, todo y todos importan ahora. Por lo tanto, “venera a Dios y guarda sus Mandamientos; en otras palabras, ama a Dios aprende a hacer lo correcto y procura el bien. (ver Eclesiastés 12: 13, 14).

La esperanza del juicio se reduce a lo que creemos acerca de la naturaleza esencial de Dios y del mundo en el que vivimos. La Biblia señala que vivimos en un mundo creado y amado por Dios, pero que se ha desviado, y en el que Dios está obrando hacia su plan de recreación, preeminentemente a través de la vida y muerte de Jesús. Según entendemos la historia de nuestro mundo, la humanidad se ha descarriado y muchas personas han quedado atrapadas en el quebrantamiento a causa de la victoria del mal. Así que el juicio de Dios es parte vital de su obra de establecerlo bien nuevamente. Esas son buenas nuevas para quienes sufren de los males de este mundo. Y fallamos en apreciar esta esperanza al fallar en escuchar las voces y ver a través de los ojos de los marginados, brutalizados y explotados.

Pero esta perspectiva no solamente nos ayuda a una nueva apreciación de la esperanza del juicio, esta esperanza también cambia nuestra percepción en cuanto a los demás. “Las personas que creen que Dios volteará este mundo al revés –personas como María con su *Magnificat,* derribando a los poderosos de sus tronos y exaltando al humilde y pobres de espíritu (ver Lucas 1: 46:55) no van a retroceder en su afán de transformar el mundo aun en el presente” (N.T. Wright, *Surprised by hope*). Al mirar hacia la promesa de Dios de juzgar el mundo y dedicar nuestra vida a la misión de arreglarlo ultimadamente y para siempre, la esperanza del juicio comienza a cambiar el mundo hoy, aun cuando ahora lo haga solo a través de vislumbres y en formas aparentemente pequeñas.

Comenzar a ver el mundo desde la perspectiva de Dios es el mayor cambio de perspectiva. Como concluye David James Duncan en su epílogo a la edición del veinteavo aniversario de *The river why*, esta clase de fe y nuestra comprensión de los propósitos de Dios en nuestro mundo, deben ser el fundamento de cómo vivimos la vida: “Y sabiendo que no se puede escapar de la justicia y que no está en nuestras manos, deseo finalmente preguntar: ¿Por qué juzgar? ¿Por qué odiar y por qué llenarnos de ira? ¿Por qué no simplemente servir, dondequiera y de cualquier manera y tanto y tan agradecidamente como podamos, paso a paso, de corazón a corazón, movidos por movimientos divinos?”

**Preguntas para comentar**

1. ¿Por qué piensas que los cristianos son a veces criticados por no preocuparse mucho por lo que sucede a su alrededor? ¿Piensas que es una crítica justa?
2. ¿Cómo explicas la forma como tu creencia en la segunda venida de Jesús te motiva a servir a otros hoy?
3. ¿En qué forma las promesas del juicio de Dios son buenas nuevas? ¿O te suenan más como amenazas?

**Día 8**

**La historia de los tres ángeles**

La declaración oficial de las “Creencias Fundamentales de la Iglesia Adventista del Séptimo Día” usa un poco más de 4,000 palabras. De estas, y como parte de una frase, solo un total de 11 más la referencia bíblica tienen conexión con los tres ángeles de Apocalipsis 14. Aun los mensajes mismos en Apocalipsis son solo una media docena de oraciones en medio de toda la historia, profecías, símbolos, drama, advertencias y promesas de este libro.

Pero al recorrer muchas de nuestras iglesias, es obvio que esos “tres ángeles” son más significativos para nuestra identidad y misión que lo que podríamos suponer. El símbolo de los tres ángeles es un tema repetitivo en coloridos vitrales en nuestras grandes iglesias, en las cubiertas de los boletines de iglesia, en letreros ya despintados con el nombre de la iglesia o en novedosos logos en todo el mundo.

Los tres ángeles son también parte importante de nuestra historia y herencia adventista. Al escribir más de cincuenta años después de la inicial predicación urgente que encendió el movimiento adventista, Elena G. White insistió en la relevancia continuada de los tres ángeles: “Los tres mensajes deben todavía proclamarse. Es tan esencial ahora como antes que se les repitan a quienes están buscando la verdad” *(Consejos para los escritores y* editores, pp. 26, 27). Y la proclamación de los mensajes de estos tres ángeles continúa siendo parte central de la misión de la iglesia adventista.

"¡Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados, y no recibáis de sus plagas!” (Apocalispis 18.4).

Pero, como en muchos aspectos de nuestras creencias y vida espiritual, lo común puede degenerar en cliché. Su proclamación pierde sentido de urgencia con la repetición y la “verdad presente” se desvanece en “compresión” establecida.

Así que, si algo es importante para nosotros, frecuentemente necesitamos dedicar tiempo a pensar en ello, dirigiéndonos las viejas interrogantes y nuevas series de preguntas. Sin necesariamente abandonar nuestra comprensión heredada, necesitamos ver nuevamente los textos mismos para ver si hay algo que tal vez hemos pasado por alto, algo más para añadir a nuestra imagen del mensaje de Dios para nosotros. Y necesitamos también verlo también como parte de panorama bíblico del plan de Dios para nuestro mundo y para su pueblo en el mundo.

Una pregunta como esas acerca de la historia de los tres ángeles era simplemente por qué los ángeles venían de a tres. Por supuesto, hay ángeles antes y después de Apocalipsis 14: 6-12; pero esos ángeles se nos presentan específicamente juntos, con tres mensajes específicos que encajan juntos. ¿Por qué tres?

 Una posibilidad es que esta historia sea un recurso literario conocido como triplicación Es una forma de contar una historia o explicar una verdad que puede verse en varias formas literarias. En muchas historias vemos repetido este patrón. En términos de lógica, tenemos una tesis, una antítesis y una síntesis.

Aunque algunos vacilarían en leer e pasaje de los tres ángeles a través de un patrón “tomado” de la narración de historias, debemos recordar que la Biblia misma es primordialmente una historia; la historia de Dios y de su trato con su pueblo, desde la Creación hasta la recreación. Cuando la leemos de esta manera, nos damos cuenta de que somos parte de la historia. Es también la historia en la que podemos hacer participar a otros. Conectándolos con la historia de Dios en y para su vida

**Ángel 1: Creación (Apocalipsis 14:7)**

Uno de los refranes constantes de la historia bíblica es el llamado de Dios a su pueblo a recordarlo, a volverse a él, a darle prioridad en su vida. Es en parte una reflexión en cuanto a la inconstancia de la naturaleza humana –que siempre estamos en necesidad de arrepentimiento y reforma, siempre desviándonos de nuestras mejores intenciones. Es también un recordativo de que Dios trata de acercarse a cada nueva generación en formas nuevas, de acuerdo al tiempo, lugar y circunstancias en que se encuentra en ese punto de la historia.

Pero es también tal vez una indicación de que las demandas de Dios en nuestra vida y nuestro mundo nos llaman siempre más allá de nuestra entrega, enfoque y elecciones actuales, independientemente de cuáles sean y qué tan buenas sean. Esto pareciera ser particularmente así al repetirse este llamado a “Temer a Dios y darle gloria” con el primer ángel de Apocalipsis 14. El versículo 6 pone a este mensaje en el contexto del evangelio eterno” y esto da seguridad, pero sin dejar lugar para la complacencia.

El ángel nos llama a una vida aprendizaje perpetuo de cómo vivir, amar y adorar mejor. A veces tenemos que pasar mucho tiempo y energía con lo que es “correcto” o “incorrecto” con respecto a la adoración, olvidando que, como lo describió un músico, nuestra adoración es un garrapateo para Dios. Él se complace en ello, pero no porque tenga méritos, sea correcto o tenga valor artístico. No es lo que hacemos lo que hace especiales y de valor eterno nuestras interacciones con Dios, sino lo que Dios ha hecho. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Pero la pregunta surge espontáneamente: Si toda creación, redención y recreación emana de Dios y, de acuerdo con la Biblia, Dios pasa toda la historia humana tratando de que entendamos eso, ¿por qué Dios parece tan preocupado en que se lo digamos? Si Dios es quien dice ser, ¿por qué pareciera enfocar tanto su atención en que lo adoremos?

Por supuesto, este llamado a la adoración es todavía otra expresión del amor de Dios. Pocas personas con un sentido de aprecio por los grandes propósitos de Dios podrían argüir que el mundo no sería un mejor lugar si más de nosotros escucháramos verdaderamente el llamado a temer a Dios y adorarlo. La luz de este mensaje demanda una reinvención radical de nuestras mutuas interacciones y con el mundo que nos rodea. Esa es la razón por la que el llamado es a “cada nación, tribu, lengua y pueblo” (Apocalipsis 14:6). No se trata de que Dios se sienta mejor acerca de sí mismo, si eso fuese ciertamente posible o necesario, es más bien que Dios desea lo mejor para su pueblo y su creación.

En este sentido, el mensaje del primer ángel es también una afirmación de lo bueno de nuestro mundo. Aun caído y lleno de oscuridad, el mundo todavía refleja la gloria, bondad y grandeza de Dios. En el mundo natural, en las culturas de las naciones, en lo mejor que la humanidad tiene para ofrecer, podemos percibir la huella de Dios y ecos del Creador mismo.

Tristemente, como pueblo de Dios, no hemos hecho muy bien en cuanto a ver y celebrar esta realidad y expresión actual de Dios en nuestro medio. El primer ángel de Apocalipsis 14 nos llama a hacerlo mejor. “Esencial en la reivindicación del concepto de creación y como comunidad de resurrección, es la afirmación de que cuando Dios hizo al mundo, dijo que era ‘bueno’ y todavía lo es” (Rob Bell, *Velvet Elvis*, p. 170).

Así que, como lo hizo con las generaciones anteriores a nosotros, fundado sobre la base del evangelio y con la añadida urgencia del juicio, el ángel repite el llamado de Dios a adorarlo como Creador, Señor y Redentor para nuestro bien, para el bien de nuestro mundo y para el ultimado bien.

En el libro *Life after God*, Douglas Coupland hace que uno de sus narradores describa las escenas televisadas de un zoológico en Miami, Florida, en la inundación causada por un huracán. “Había imágenes de patos y esbeltas y elegantes aves nadando entre los escombros, excepto que no sabían que eran escombros. Era simplemente el mundo” (pág. 85). Describe la misma situación en la que nos encontramos.

La mayor parte del tiempo podemos nadar plácidamente entre los escombros del mundo en el que vivimos. Observamos el quebrantamiento, la tragedia, el dolor y el mal que nos rodea y nos vemos tentados a asumir que “así es simplemente el mundo”. Ciertamente, hallamos casi imposible imaginar la vida sin la presencia e influencia del pecado. Comenzamos a dar por sentado el mal, ignorando el hecho de que mucho de aquello en donde nos sentimos cómodos por lo menos superficialmente, es profundamente erróneo.

Y frecuentemente nos sorprende una obvia explosión que nos recuerda la malevolencia subyacente de lo que el mal ha hecho a nuestro mundo. Una pérdida o dolor personal, una tragedia nacional, un desastre humano, o alguna violenta atrocidad deja al descubierto el quebrantamiento y la ruina. Desde las aterradoras y desconsoladoras noticias en los medios, hasta la quieta desesperación de nuestras desilusiones y desesperación personal, vuelven a abrirse nuestros ojos, aunque sea brevemente, para percibir los escombros.

Es a esta realidad a la que el mensaje del segundo ángel de Apocalipsis llama nuestra atención, No todo está bien en este mundo. De hecho, algo está desesperado, peligrosa y diabólicamente mal. La historia comenzó con un mundo creado maravillosamente bueno por un Dios grandioso y amante, pero el mal penetró a la historia. Vivimos entre la caída que es parte de esa historia. Y el resultado inevitable de esta trayectoria es la absoluta desesperanza y la destrucción propia.

En el contexto de la historia del evangelio (ver Apocalipsis 14:6), eso es exactamente de lo que necesitamos ser salvados. En nuestros momentos más honestos, podemos reconocer esta situación caía en nosotros mismos. Podemos fácilmente señalar el mal en todas partes, pero, antes de dirigir nuestra atención a remediar lo malo que nos rodea, debemos confesar nuestras propias caídas y admitir que vemos por lo menos las semillas de ese mismo mal en nuestros pensamientos y acciones.

Pero esta historia se lleva también a cabo en el gran escenario de nuestro mundo. En presencia del mal, las estructuras de poder de nuestro mundo tienden a obrar en contra de Dios, su pueblo y sus intenciones en este mundo. Los sistemas políticos, económicos, religiosos y sociales están inclinados hacia el quebrantamiento.

La opresión, tragedia, atrocidad e injusticia de la historia humana es el resultado obvio. Por tanto, como pueblo de Dios, debemos resistir y obrar activamente para contrarrestar las fuerzas en nuestro mundo que buscan apropiarse de, minar, explotar y destruir todo lo que Dios creó y describió como “bueno”.

 Pero al mismo tiempo, los sistemas de este mundo procuran también secuestrar nuestra filiación, colocándose en la posición que solo le pertenece a Dios como nuestro Creador y Redentor. La Biblia emplea regularmente discípulo imágenes para describir la forma como el mal obra en el mundo. La prostituta o adúltera susurra seductoramente, tentándonos a una vida de placer y lujuria egoísta, con lo mejor que el mundo tiene para ofrecer meramente para nuestra propia ganancia y entretenimiento. Alternativamente, la bestia demanda atención, amenazando y frecuentemente usando violencia para tratar de imponer su voluntad, a través de un régimen en donde solamente sobrevive el más fuerte y quienes no lo son, son obviamente demasiado débiles como para ser de valor alguno.

Pero otra voz llama desde el cielo: “Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados y no recibáis ninguna de sus plagas” Apocalipsis 18:4). Dios no está amenazando, sino alertándonos en amor en cuanto a cuál será el resultado de del mal. Y misericordiosamente, el mal no durará por siempre.

Cuando nos vemos tentados a la complacencia frente a la horrible realidad de nuestro mundo, el segundo ángel nos llama al reconocimiento de la profundidad de nuestra caída en la que vivimos y a alzar nuestra mirada por encima de los escombros que hemos confundido con el mundo real del “evangelio eterno” que Dios proclama.

**Ángel 3: Recreación (Apocalipsis 14: 9-12).**

La historia del primer y segundo ángel describe en forma sucinta un marcado contraste entre las demandas y llamado de Dios y el quebrantamiento de este mundo y sus sistemas de poder; entre el bien y el mal. La tercera parte de esta historia presenta una elección muy clara. ¿Seremos fieles al reino de Dios o a los reinos de este mundo? ¿Somos parte del problema o parte de la solución de Dios?

Muchas veces, a través de la historia bíblica, Dios llama a su pueblo y a grupos de personas a ser sus agentes. Se convierten en participantes en la historia continua del evangelio para trabajar por el bien del mundo y por el bien del reino de Dios en el mundo, poniéndose de parte del bien frente al mal casi sobrecogedor. Este es el llamado que repite el tercer ángel de Apocalipsis 14.

Y el resultado de esta elección es similarmente divergente. Mientras que el pueblo de Dos es llamado a “soportar” y “permanecer” frente a los desafíos de la vida, pruebas y persecución por un tiempo, el destino de los que eligen esta condición caída es sombrío y desalentador.

Con frecuencia preferimos no pensar mucho en la “ira de Dios”. A primera vista no parece encajar bien con nuestra comprensión de un Dios de amor. Pero este es un síntoma de nuestra casual familiaridad con el mal. Al verse confrontado con el horror de la guerra en su país, comenta un escritor: “Llegué a la conclusión de que tenía que rebelarme contra un Dios que no se llenaba de ira ante la vista de mundo lleno de maldad. Dios no es iracundo a pesar de ser amante. Dios es iracundo porque es un Dios de amor” (Miroslav Volf, *Free of charge*, p. 139). Cuando empezamos a comprender la verdadera maldad del pecado, entendemos que para que el bien reine completamente, el pecado y trágicamente todos los que elijan el mal, deben ser destruidos completamente.

El tercer ángel de Apocalipsis 14 nos da una perspectiva eterna. Siendo que el pecado, aun en su más alto grado, es solamente temporario, somos llamados a ponernos contra él en todas sus formas. Interesantemente, el ángel no contrasta la ira con la gloria, sino con paciente y fiel entereza presente. Parece que nuestra primera preocupación no es tanto “escapar”, sino debe ser siempre descubrir qué significa vivir como fiel pueblo de dios en todo tiempo y circunstancia en que nos encontremos. A veces el llamado a “permanecer” a ser “remanente” ha sido interpretado erróneamente como un llamado a una exclusividad santificada y hasta como firme pasividad. Más bien, debe ser un llamado al servicio, procurando el bien de los demás, quienquiera que sean y dondequiera que se encuentren en medio del mal, la injusticia y la tragedia de nuestro mundo. Tal vez esta paciencia que significa vivir los mandamientos de Dios y proseguir en el camino trazado por Jesús, debe ser incluso marcado por una profética impaciencia hacia los poderes, sistemas y mal en nuestro mundo caído.

Para el pueblo de Dios y para toda la gente y lugares sobre los que puede influir, el reino futuro de Dios comienza ahora mismo. Por supuesto, solamente puede verse completo cuando el mundo sea recreado por Dios mismo (ver Apocalipsis 21: 1-5). Pero somos llamados a ser agentes de restauración y recreación aquí y ahora y al hacerlo, a alertar a otros con respecto a la elección eterna que deben hacer.

En el contexto del “evangelio eterno” y la promesa del juicio de Dios, y a la luz de la seguridad que ofrece el evangelio y las advertencias contra la complacencia propia y otras muchas tentaciones del mal, somos llamados a procurar y estar de parte del bien y servir como lo hizo Jesús (ver Lucas 4: 18, 19).

**Preguntas para comentar**

1. ¿En qué formas esta manera de interpretar la “historia” de los tres ángeles es diferente a otros sermones, artículos o libros que hayas leído acerca de esos versículos?
2. ¿Qué aspectos de la misión y el servicio podemos ver en los mensajes de los tres ángeles?
3. ¿Cuáles piensas que son las cosas más importantes acerca de lo que significa vivir hoy como hijos de Dios en nuestra comunidad?